EL TEATRO MODERNO





Manuel Linares Rivas

La raza

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 9 OCTUBRE 1926 NÚM. 55.

Manuel Linares Rivas

LA RAZA

COMEDIA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Princesa, de Madrid, el 30 de abril de 1911.

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Juventud, divino tesoro

POR

GREGORIO MARTINEZ SIERRA

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

A la Marquesa de Casa Maury

en cariñoso recuerdo de mi estancia en París, te dedico esta obra; acéptala, Tu hermano,

Manolo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Constanza de Fuentioñoro, marquesa de Doñinos	*María Guerrero.*
Angela, duquesa viuda de Azaral.	*María Cancio.*
Clara, condesa de Eguiza... ...	*Catalina Bárcena.*
Criada....	"
Ismael de la Peña...	*Fernando Díaz de Mendoza.*
Diego de Fuentioñoro.	*Emilio Thuillier.*
El conde de Eguiza, Leopoldo de Fuentioñoro	*Ricardo Vargas.*
Augusto, duque de Azaral.... ...	*Alfredo Cirera.*
El señor de las Torres.....	*Luis Medrano.*
Don Inocencio...	*Felipe Carsí.*
Juan Manuel, charro viejo	*Emilio Mesejo.*
Pedro, otro charro...	*Francisco Urquijo.*
Criado 1.º....	"
Idem 2.º...	"

La acción, en Salamanca. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

El jardín de la casa de los duques de Azaral, en Salamanca. A un lado, la entrada con su escudo sobre el portón; a otro, la capilla; foro, árboles.—Es octubre, por la mañana, con sol.

ESCENA I

Angela, Augusto y *Don Inocencio*, sentados a la izquierda; *Diego*, a la derecha, tomando su pocillo de chocolate en una mesita volante.

ANG. ¿Cuándo aprenderás a desayunarte a la hora de todos?

DIEGO. ¿De todos?... Supongo, querida prima, que el chocolate que tú has tomado no te hará creer que se desayunó don Inocencio.

ANG. No puede, por la misa que dirá luego.

DIEGO. Y yo, por el sueño que tuve antes.

ANG. Es contra conciencia obligar a este buen señor a que pase la mañana en ayunas.

INOC. Por Dios, señora duquesa, no se preocupe de mi humilde persona...

AUG. Gracias a que el señor Capellán tiene una salud de hierro.

DIEGO. El cura y yo somos los dos mejores mozos de Salamanca. Y todavía poniéndonos el cinturón de cuero, si hay que echarle mano a un toro y derribarlo por tierra, o lanzar la barra a veinte metros, no nos quedamos atrás ni tú ni yo. ¿Es verdad, cura?

INOC. *(Respetuoso.)* Usted más que yo.

DIEGO. *(Levantándose.)* No me digas eso, ¡porra!, que aún no hace tres días...

ANG. *(Severa.)* ¡Diego! Ni la porra está bien aquí, ni es decoroso que tutees al señor capellán.

DIEGO. *(Sorprendido.)* ¿Le he tuteado?...

ANG. Sí.
DIEGO. *(A Inocencio.)* Pues dispensa.
AUG. De esto no se curará. A grandes y a chicos, amigos o desconocidos, a todos les larga el tú por tú, y ellos que contesten como les parezca.

ESCENA II

Dichos, Juan Manuel y *Pedro,* por la derecha.

J. MAN. Alabado sea Dios. ¿Hay licencia, señor amo?
AUG. Pasa, Juan Manuel. ¿Qué hay?...
J. MAN. Este, que pide venia para una palabra. *(Por la derecha viene Constanza seguida de una criada, con una cestita de flores, y ambas entran en la capilla.)*
AUG. ¿Qué ocurre, Pedro?...
PEDRO. Pues a dar gracias a todos. Empezando por la señora duquesa.
ANG. ¿Está ya bien la chica...?
PEDRO. Comparada con antes, sí, señora. Por lo de hoy no podemos decir que sea un lucero...
AUG. *(Explicándolo.)* ¿Que está mejor?
PEDRO. Eso es. Y de paso venía a ver si la señora perdonaba la renta de este año, que fué malo, y con el convalecer de la chica no podremos ir adelante si vuecencias apuran.
ANG. Cada uno debe cumplir sus obligaciones, Pedro, que para eso estamos en el mundo.
PEDRO. Para bien poco estamos...
ANG. Y si tú no pagas y yo si no cobro, los dos faltamos a nuestros deberes.
PEDRO. Pero la falta de vuecencia no es tan grande... y bien se la puede contar entre las veniales.
ANG. En fin, sobre mi conciencia irá. Os perdono...
AUG. *(Protestando.)* Madre.
ANG. *(Severa.)* Y el señor duque también.
PEDRO. Dios se lo pague.
ANG. ¿Quieres tú algo, Juan Manuel?

J. MAN. Pues una novedad de las de así, así. Que la vaca *Pintada* se muere.

ANG. Que compren otra.

J. MAN. Y el profesor veterinario dice que...

ANG. No me interesa.

J. MAN. Estuvo toda la madrugada observa que te observa, pero por lo visto no observó bastante.

ANG. Que compren otra, si hace falta, y hemos terminado.

J. MAN. Eso haré. Con su permiso, señor amo... *(Mutis por la derecha Juan Manuel y Pedro.)*

INOC. ¡Qué lástima! Un animal tan lindo y que daba treinta cuartillos.

DIEGO. Que le quitaban treinta cuartillos.

ANG. Tú no entiendes de eso.

DIEGO. No. Pero esta opinión no es mía: es de la vaca.

AUG. No has hecho bien en condonar esa renta, madre.

ANG. Total son tres mil reales que no suponen nada en nuestra fortuna y para ellos es la salvación. Y tú, Augusto, modérate un poco; no es delicado que me corrijas delante de extraños.

ESCENA III

Dichos y *Torres,* de la casa.

TORR. ¿Cómo vamos, señora duquesa viuda de Azaral?...

ANG. ¿Y usted, señor de las Torres?... ¿A oír nuestra misa?

TORR. *(Que es sordo.)* ¿Eh?...

ANG. ¿A oír la misa?

TORR. ¿Cómo?...

AUG. Que si viene usted a misa.

TORR. Sí, señor. A oír la misa.

DIEGO. Pues ya puedes desgañitarte, cura.

TORR. ¿Y los demás de la casa?

AUG. Perfectamente. Tenemos una pequeña contra-

riedad con la vaca *Pintada*, que ha enfermado.

TORR. ¿Enfermado?... ¿Quién...? ¿Constanza...?

ANG. No.

TORR. ¿Clarita?...

DIEGO. ¡No! La vaca. *(Imitando el mugido.)* El muu...

TORR. Ah, eso es otra cosa.

AUG. Sí, señor.

TORR. Lo esencial es que ninguno de la familia...

ANG. Siéntese.

TORR. Vengo de felicitar a Pepe Fernández.

ANG. ¿Quién es?

TORR. Aquel contratista de obras públicas a quien le tocó el premio gordo de la Lotería de Navidad hace años.

AUG. ¿Le ha vuelto a caer algo?

TORR. Le concedieron el título de Conde de los Siete Picos.

ANG. *(Escandalizada.)* ¿A Fernández?...

DIEGO. Pues si mis noticias no fallan, el título le va a resultar de ocho picos lo menos: siete que le dan y uno que le ha costado.

ANG. *(Sorprendida.)* ¿Vendido?

DIEGO. No, no. Fueron demostraciones previas de gratitud.

TORR. Cuando le he visitado estaba ya en conferencia con el arquitecto para poner el escudo en la fachada.

ANG. ¿Pero qué armas tiene ese hombre?... ¿Qué va a poner en los cuarteles de ese escudo...?

AUG. No sé.

DIEGO. Para uno ya le di yo la idea. Que ponga, en campo de gules, un décimo de Navidad.

ANG. No trates en broma estos asuntos: te lo suplico, Diego.

ESCENA IV

Dichos. Constanza sale de la capilla; recoge cartas y periódicos de un criado que vendrá por la derecha.

TORR. *(Adelantándose a saludarla.)* Marquesita de Doñinos...

CONST. Señor de las Torres... *(Repartiendo el correo.)* Para ti, abuela; para ti, padre. Y un telegrama.

ANG. ¿Estará peor el tío Sebastián?

DIEGO. Ya va siendo hora. Setenta años, un puñado de millones... y un puñado de gente aguardando para heredar.

INOC. ¿No es soltero don Sebastián?

DIEGO. Y de un soltero rico, toda la humanidad se cree pariente.

AUG. Está mejor: no es menester que vaya nadie.

ANG. Díselo a Leopoldo, que estaba ya preparando el viaje.

DIEGO. Díselo..., pero con precauciones. Hay mejorías que siempre trastornan.

ANG. ¡Esta no es de ésas!

DIEGO. Lo iba a decir yo también.

CONST. *(A la criada, que sale de la capilla.)* Antonia, recoja esto. *(La criada recoge el servicio del desayuno.)*

TORR. ¿Ha leído usted *La Mañana?*

DIEGO. No. ¿Qué dice...? ¡Qué dice!

TORR. Yo tampoco la he leído. Lo preguntaba por si decía algo...

CONST. ¿Y los pequeños? *(Haciéndole seña de muy bajos.)*

TORR. ¿Los sobrinitos...? Bien. *(Constanza haciéndole seña de muy grandes.)* ¿Los hermanos...? Bien.

DIEGO. *(Haciéndole seña de unir y separar.)*

TORR. ¿El acordeón...? Ya no lo toco.

DIEGO. Gracias, en nombre de los vecinos.

AUG. Constanza, recuerdos de Pepa Cáceres.

ANG. También me escribe, muy contenta de la miss que le mandamos.

AUG. Igual me dice el marido: que ha llegado la miss, que es muy guapa, que los chicos adelantan mucho, y que él mismo, Carlos, a pesar de su torpeza para los idiomas, adelanta mucho con esa miss.

DIEGO. Practicando, la mejor manera.

ANG. ¿Y esas cartas?
CONST. Para Ismael.
AUG. Recibe él solo más correspondencia que todos nosotros.
ANG. Y seguramente la despacharía más a gusto en Madrid.
DIEGO. Indirecta número treinta y seis.
AUG. Si he traído a ese caballero, mis razones tendré.
ANG. Nadie te las pregunta.
CONST. Para los pobres ha sido una bendición esta visita. Gracias a él quedarán este año terminadas las obras del Asilo de Incurables: nos dió treinta mil pesetas.
ANG. ¡Y te atreviste a pedir dinero a un impío para una obra santa!
CONST. *(Con dulzura.)* Abuelita, Ismael no es impío.
ANG. Te digo yo que sí.
CONST. Y yo que no. Los que practican la caridad son tan virtuosos como los que la predican, por lo menos.
DIEGO. *(Aplaudiendo.)* ¡Bravo! Ahora, que si digo yo eso hay un cataclismo.
TORR. ¿Qué ha sido...? ¿Qué ha sido...?
DIEGO. Un cañonazo.
TORR. ¿Dónde?
DIEGO. Sabe Dios...
CONST. *(Acariciándola zalamera.)* Déjame [illegible] contenta en nombre de mis pobres.

ESCENA V

Dichos, Clara y *Leopoldo,* de la casa.

LEOP. *(Besándola la mano.)* Buenos días, abuela.
ANG. ¿Os parece hora de [illegible]?
CLARA. Prima Constanza...
[illegible] Prima Clara...
LEOP. Hola, tío.

AUG. Hola, Leopoldo. El tío Sebastián..

LEOP. *(Con ansia.)* ¿Qué...?

AUG. Está mejor.

LEOP. *(Grave.)* Lo celebro.

DIEGO. *(Aparte a Torres.)* Ya dije yo que le impresionaría.

TORR. ¿Cómo? ¿Cómo?

DIEGO. Nada. Usted es el único que guarda bien los secretos. *(La criada, por la derecha, con unas flores, llama: ¡Señorita...! y Constanza, mutis por la capilla.)*

TORR. ¿Cuidando siempre de la casa de Dios...?

CONST. Concede tantas prosperidades a la nuestra que no hago nada de más atendiendo un poco a la suya. *(Mutis ahora.)*

TORR. Y usted, condesita de Eguiza, ¿disponiendo ya su viaje a París...? No estuve nunca, pero creo que es...

CLARA. ¡Precioso!

TORR. Escandaloso; sí, señora. Celebro coincidir con tan discreto parecer.

CLARA. Yo también.

TORR. Ahora quizá vaya. Tiene que ir un sobrinito de veintidós años, y para que solo no se pierda...

CLARA. ¿Van ustedes a perderse los dos?

TORR. Gracias a Dios, sí, señora, le podré yo vigilar.

ANG. Ya que el tío Sebastián mejora, supongo que aguardarás aquí hasta el día 7 en que se celebrará el cabo de año en memoria de tu pobre madre... y de su marido.

LEOP. Probablemente.

DIEGO. Por la memoria del marido, aunque haya sido su padre, Leopoldo hará bien en marcharse.

ANG. Era un Zabira, un igual nuestro, descendiente de...

DIEGO. Todo lo Zabira y todo lo igual y todo lo descendiente que tú quieras; pero jugaba como un tahur y bebía como un carretero; si no dejó a Leopoldo por puertas y a pedir limosna..

ANG. No digas eso; delante de los hijos no se debe murmurar de los padres.

DIEGO. Entonces, lo prudente, delante de los hijos, es no hablar de los padres.

ANG. En lo único que tienes razón, Diego, aunque no lo hayas dicho...

DIEGO. Por eso la tengo.

ANG. Es en quejarte de cómo el tiempo destruye las razas.

DIEGO. Para lo que se pierde con algunas...

AUG. *(Aparte a Diego.)* Hazme el favor de no incomodarla.

ANG. Y tú, un Fuentioñoro, en Villafranca del Roble, primo hermano de la duquesa viuda de Azaral, no tienes derecho para repetir esa vulgaridad injusta. La hora de formar las estirpes ha pasado ya; es cierto. Conformémonos con sostenerlas, y cuando alguna familia, como la nuestra, conserva intactos su linaje y su fortuna, no debíamos cansarnos de dar gracias al cielo. ¿No es así, don Inocencio?

INOC. Como la señora duquesa lo dice.

ANG. ¿Oíste...?

DIEGO. Yo sí; el señor de las Torres supongo que no.

ANG. Y por salir esa aprobación de labios del señor capellán...

DIEGO. Me convence menos.

AUG. ¡Es el padre capellán!

DIEGO. Por eso. Un hombre a quien pagáis.

ANG. ¡No sus ideas!

DIEGO. Sus ideas, no; las vuestras.

CLARA. Dieguito, no la enfades...

LEOP. *(Aparte a Clara.)* La abuela dice que nos quedemos, y yo, la verdad...

ANG. ¿No podríais callar un momento vosotros?

LEOP. Abuela...

ANG. Interrumpir a las personas mayores no es cortés.

[illegible] *(Aparte a Leopoldo.)* Calla. Hablaremos luego en misa.

ANG. ¿Qué decías tú, Diego?...

DIEGO. Lo que decía no lo sé; lo que digo es que me parece muy bien vuestra gratitud al tiempo que os hizo, por razón de los tiempos nada más, nobles y ricos; pero yo, nieto de segundones, no estoy obligado a cantar alabanzas.

AUG. ¡Vives aquí como en tu propia casa!

DIEGO. Pero yo preferiría tenerla propia; mi único error, y ése puede que no sea mío, es haber nacido demasiado tarde. Hoy me sirve de bien poco enchufar mi parentesco con el rey Wamba.

ANG. *(Despreciativa.)* Ya sé que te hiciste liberal.

LEOP. Y ha podido hacerse otras muchas cosas peores.

ANG. ¿Confío en que no pretenderás mezclar tus gracias en una conversación seria?

LEOP. No, no... *(Clara llama la atención a Leopoldo para que no rechiste.)*

ANG. Y nuestro deber, ante la lucha y el desquiciamiento social, es el de unirnos, el de apiñarnos bien... ¿No ha de ser así, don Inocencio?

INOC. Así, señora duquesa.

DIEGO. ¡También me convence esa opinión! ¡La opinión de unirse, de agruparse, proclamada por quien empezó haciendo voto de vida solitaria!

INOC. *(Disculpándose.)* Me pidieron parecer...

DIEGO. Y te olvidaste de dar el tuyo.

ANG. No seas perturbador... ¡Quedamos tan pocos!...

LEOP. Quedas tú, abuela, la noble duquesa viuda de Azaral.

ANG. *(Conmovida.)* ¡Gracias, Leopoldo!

DIEGO. *(Aparte a Augusto.)* Leopoldito anda mal de fondos.

AUG. *(A Diego.)* Cuando se le recrudece el amor a la familia, siempre acaba en petición.

ANG. Y quedáis vosotros. Mi hijo Augusto...

DIEGO. *(Con énfasis.)* El señor duque de Azaral.

ANG. Su hija Constanza. Y tú, Leopoldo, conde de Eguiza, con tu mujer.

AUG. Y Diego...

DIEGO. Yo cada día quedo menos.

AUG. Y el hermano de éste, Federico.

ANG. ¡No! Desgraciadamente, Federico no es ya de los nuestros. Por su gusto se apartó de nosotros con ese matrimonio desigual.

AUG. Que le hace muy feliz.

ANG. Para mí continúa soltero.

[illegible] Para él, no.

[illegible] Y mientras no admitas a los dos no vendrá ninguno a esta casa.

DIEGO. Habréis observado que no digo palabra, ¿eh?...

AUG. *(Rápido.)* ¡Te lo agradezco, te lo agradezco mucho!

DIEGO. Y podría decirlo...

AUG. ¡Ya lo sé, ya lo sé!

ANG. Y tú, hijo, que debías velar tanto como yo por la pureza de estos prestigios, no estás acertado con algunas amistades.

DIEGO. Indirecta treinta y siete.

AUG. No tengo por qué negarle mi amistad a quien ha llegado, por su propio esfuerzo, a la fortuna, a la posición social y al respeto de quienes han nacido más que él.

ANG. Rechazo únicamente la intimidad con un espíritu descreído.

DIEGO. ¿Descreído Ismael de la Peña?... Al revés, fanático, sólo que cree en otra clase de milagros.

ANG. No era menester que le trajeras a vivir aquí.

AUG. Un compromiso. Somos compañeros de Senado, aunque él es bastante más joven que yo; quiere comprar unas tierras y me pareció natural ofrecerle la casa...

ANG. No pretendo contrariarte, Augusto; pero sabes demasiado que no me satisface este choque diario de sentimientos. Ciertas delicadezas no se aprenden en el arroyo, y ese Ismael de la Peña del arroyo viene.

DIEGO. Y de la Peña.

ANG. Y no es correcto el ver nuestra casa, apacible

y tranquilo, convertirse en antesala de pedigüeños.
LUP. Es inmensamente rico.
CLARA. E inmensamente generoso..
DIEGO. Y le acosan con fruto.
ANG. ¡Cualquiera diría que no conocíamos la caridad hasta que vino ese caballero!
DIEGO. Hay mucha, ya lo sé; pero justifica tanto Ismael su fama de espléndido, que como pide un vaso de agua, si lo oyen tres criados, tres vasos le traen volando.
ANG. Esa gente es muy codiciosa.
DIEGO. Esa... y otra. *(Se oye el primer toque de misa.)*
INOC. Con su permiso...
ANG. Llévese al señor de las Torres, que le ayudará a misa.
DIEGO. Es una crueldad el despertarle; quizá esté soñando que oye a alguien.
TORR. *(Despertándose al campanilleo de Inocencio.)* Ya escucho, ya escucho; pero estas cosas hay que meditarlas...
INOC. ¿Quiere acompañarme? *(Clara hace ademán de golpes de pecho y toques de campanilla.)*
TORR. ¿Ayudar a misa...? Pensaba suplicárselo.
INOC. Pues venga.
TORR. Con su venia, señora duquesa, y la de ustedes. *(Mutis por la capilla Torres y don Inocencio.)*

ESCENA VI

Dichos, menos *Torres* y *Don Inocencio*. Un *Criado* de la casa entrega una tarjeta a *Augusto*.

AUG. ¿Para mí...?
CRIA. Para el señor de la Peña.
ANG. ¿Otra petición...? ¿Quién es?
AUG. *(Leyendo.)* "Angel García, director de las Escuelas laicas".
DIEGO. Un ángel que se equivocó de camino.

CLARA. O de nombre.

AUG. Dígale...

ANG. Que se vaya.

AUG. Mientras viva bajo nuestro techo no estamos autorizados para discutir sus visitas.

ANG. Yo no las discuto; las rechazo. ¡Las armas de los Azarales, nuestro cuartel con la Cruz y las Sagradas Formas, ganado como defensores de la Religión, no lo mancha un impío y un hereje pisando el umbral de mi casa! Dígale usted que el señor de la Peña no recibe.

AUG. ¡Madre!

ANG. O que no recibo yo. *(Mutis Criado.)*

AUG. Me creas un conflicto... e Ismael dirá...

ANG. Yo no sé lo que él dirá; yo digo que se prolonga excesivamente su estancia entre nosotros, que van cuatro días ya...

AUG. Basta. Yo la abreviaré.

ANG. Será lo mejor para todos.

DIEGO. Continúa, que ahí viene...

ESCENA VII

Dichos; Ismael, por la derecha; luego, el *Criado* de la casa.

CLARA. *(Yendo rápida a recibir.)* Por usted preguntábamos...

ISMAEL. Paseando por el jardín.

CLARA. ¿Y leyendo...?

ISMAEL. No.

LEOP. *(Acercándose y entregándose.)* Más papeles y más cartas.

ISMAEL. ¿Descansó usted, duquesa...?

ANG. ¿Y usted...?

DIEGO. Estábamos diciendo qué sería lo mejor para todos. Acierta el qué...

ISMAEL. No es fácil. Pero seguramente no sería nada exagerado, que eso nunca es bueno para todos.

DIEGO. Parece que te ha oído... *(A Angela.)*

ISMAEL. ¿Piensa usted lo mismo?

ANG. Igual.

CRIA. Señor duque, insiste ese caballero en hablar con el señor de la Peña.

ANG. Y yo me permití contestarle que usted no recibe a estas horas.

ISMAEL. Que vuelva.

ANG. No.

AUG. Es el director de esas Escuelas laicas.

ISMAEL. *(Sonriendo.)* Ah... Le prometí cinco mil pesetas para contribuir...

ANG. A una obra del infierno.

ISMAEL. Sí, duquesa. Pero no de ese infierno que nadie conoce, sino del otro, del que hay en la vida de los pobres.

ANG. Que vengan a los colegios cristianos.

ISMAEL. Perdone usted, señora. Las doy porque las necesitan, no porque piensen igual o distinto que yo.

ANG. Es un error de usted.

ISMAEL. ¿Error mío, la miseria de ellos...? ¡No, duquesa, no; si acaso, error de...!

ANG. ¡Ismael!

ISMAEL. ... de quien pretende sembrar para sí mismo cuando da limosna a otro. Pero lo arreglaremos, ganando aún los pobres de usted. Consiéntame que le ofrezca otras cinco mil...

ANG. *(Secamente.)* Gracias. La caridad no puede admitirse a cambio de una complacencia.

ISMAEL. Si rechaza usted la parte de Dios entregaré solamente la parte del diablo.

ANG. Haga usted lo que guste.

ISMAEL. Lo que usted me permita. *(Pausa.)* ¿Puedo entregar esa cantidad...?

ANG. Usted verá. *(Ismael se inclina y mutis por la casa. El Criado le sigue.)*

AUG. Eres muy intransigente, madre...

ANG. Ya he visto el desagrado vuestro: no hubo una voz que me secundara. Es lo mismo; basto yo para defenderme. Comprenderás que cada hora será menos grata la presencia del se-

ñor de la Peña... Clara... Leopoldo... mis nietos queridos, acompañadme. Vosotros sois mi esperanza, mi orgullo. ¿Verdad que pensáis como yo...?

CLARA. Verdad, abuela... *(Mutis por la izquierda, abrazando a Angela, a Leopoldo y a Clara.)*

ESCENA VIII

Augusto y Diego.

AUG. Ismael no puede vivir aquí.

DIEGO. Ni nadie. La familia, porque no tiene más remedio, pero los demás... Es preciso ser Diego de Fuentioñoro, un despreocupado, para no ahogarse entre tantas preocupaciones.

AUG. Y sin embargo, necesito que me ayudes a prolongar la presencia de Ismael aquí. Estoy en una situación difícil. ¡Diego! Hace años cometí una torpeza...

DIEGO. ¿Una... y hace años...? Seguramente eres modesto.

AUG. Nuestra casa es muy fuerte; tenemos treinta y tantos mil duros de renta...

DIEGO. Los mismos que en vida del abuelo.

AUG. Que en mí ya no son más que quince. Pero siendo lo mismo, es muy diferente. Hace un siglo éramos poderosísimos, los primeros entre los primeros; hoy, para conservar ese rango es menester que permanezcamos unidos, pues si la fortuna se divide vendrá a nosotros la miseria. Es decir, la miseria...

DIEGO. Sí, sí, está bien dicho. En el rico, todo lo que no es la opulencia, resulta miserable.

AUG. Nadie conoce esta situación en la casa. A mi madre se la oculto piadosamente, para no herirla en su orgullo de gran señora, que perdona rentas y socorre con largueza. A Leopoldo le digo, y es verdad, que no están hechas aún las particiones y no conviene malvender... y

a Constanza, a mi hija, no tengo que hablarle siquiera.

DIEGO. Ya estoy enterado.

AUG. Y gracias que tenemos un administrador muy honrado.

DIEGO. Echale.

AUG. ¿Por qué?

DIEGO. Ya te lo dije en otras ocasiones. Le oí contar, como rasgo de probidad, que un pariente suyo devolvió un sobre con tres mil pesetas, encontrado en la calle y *que nadie le viera recoger*. Y en mi opinión, un hombre que distingue entre que se vea o no se vea recoger lo ajeno es un hombre peligroso.

AUG. Con éste no hay cuidado. Déjame seguir lo que te iba diciendo. Cuando se casó mi hermana Matilde, la madre de Leopoldo, hubo que buscar una cantidad para los gastos extraordinarios a que nos obligaba nuestra alcurnia. Recordarás que bendijo la unión el señor arzobispo...

DIEGO. ¡Y la boda salió mal; si la casa un presbítero sencillo, nos lucimos!

AUG. Fué madrina Su Majestad, y en representación suya...

DIEGO. Recuerdo, recuerdo...

AUG. Los veinte mil duros que precisé en aquella ocasión para celebrar el matrimonio con el boato debido...

DIEGO. Debido: también lo recuerdo.

AUG. Me los facilitó un deudo mío, el conde de Gras; un par de años después me hizo una indicación, y para devolvérselos inmediatamente, como exigía mi honor, caí en la garras de un usurero. Venció el plazo de ese segundo apuro y caí con un tercero. Ahora lo reclama... y no encuentro el cuarto.

DIEGO. En este caso sí que es un dolor el que se interrumpa la genealogía.

AUG. Cuento con saldar de un golpe y en junto al recibir la herencia del tío Sebastián.

DIEGO. ¿Ese tío que no se muere?
AUG. ¡Con setenta años y baldado...!
DIEGO. A él qué más le daba ya morirse...
AUG. Claro.
DIEGO. ¿Y serás tú el heredero?
AUG. Soy el único sobrino.
DIEGO. ¿Y Leopoldo?
AUG. Sobrino segundo, y el tío le quiere menos.
DIEGO. En cambio, vosotros dos le queréis lo mismo; los dos queréis heredarle.
AUG. He acudido, suplicándole este pequeño favor—trescientas mil pesetas, que para él no son nada—a Ismael.
DIEGO. E ¿Ismael...?
AUG. Está conforme. En realidad, el favor consiste en no divulgarlo, puesto que la garantía de nuestras posesiones es sobrada, y en que se contente con una simple escritura en lugar de elevarlo a escritura notarial.
DIEGO. Ya es mucho.
AUG. En confianza te diré que el amigo Peña se muestra muy deseoso de servirme: esta gente de negocios se paga mucho de la intimidad con nosotros. Por eso le he traído a casa...
DIEGO. Bien, bien.
AUG. Te confío este secreto...
DIEGO. Ya tengo mi capital redondeado.
AUG. ¿Cómo?... ¿Tienes tú capital?...
DIEGO. En secreto. Es la fortuna de los parientes pobres. A mí no puedes acudir más que para contármelo.
AUG. Confío, ¿eh?...

ESCENA IX

Dichos. Ismael, de la casa.

ISMAEL. Ya he dicho que no reciban a nadie. Conozco que no le agrada a la duquesa...
AUG. No se fije usted en eso: es su carácter. En el fondo es muy cariñosa.

ISMAEL. En el fondo, puede que tenga usted razón.

AUG. Dispénsela usted... Es un poco el orgullo de la raza.

ISMAEL. No me lo explico. Hace mucho tiempo ya que por el mundo no existe más que una raza: la de los caballeros.

DIEGO. ¿Y los demás?...

ISMAEL. Ellos sabrán lo que son: yo no. Ni puedo disculpar que alguien cifre su orgullo en la ferocidad de su quinto tatarabuelo, ni comprendo a la dama, digna y honrada, que puede engreirse recordando la belleza que no fué esquiva con su real cortejo.

AUG. Muchos representamos acciones gloriosas.

ISMAEL. Cierto; pero la gloria, cuando se la aumenta, brilla; cuando no se hace más que evocarla, empequeñece; como esas armaduras gigantescas, que pregonan, más que la fuerza de lo pasado, la ruindad física de lo presente.

DIEGO. Todos no podemos ser batalladores...

ISMAEL. Entonces, permítanme ustedes que yo prefiera, en vez de un peso glorioso que me oprima, el ser yo quien a los míos y a los ajenos los conduzca.

AUG. No discuto... ¿Quiere usted que demos un paseíto?...

ISMAEL. Lo que usted guste. *(A Diego.)* No tardaremos en encontrarnos, que la hora de misa se acerca.

AUG. Como día de trabajo está usted disculpado.

ISMAEL. No, no. Haré lo que todos: ir.

DIEGO. Tú eres de mi opinión, y yo soy de la de quien decía que las misas y los desafíos no se deben buscar, pero no se deben rehuír.

AUG. ¡Diego!

DIEGO. Me refiero a los días laborables: en los de fiesta no hay duda.

ISMAEL. ¿De qué?

DIEGO. De lo que sea. Pero no hay duda.

AUG. ¿Examinó usted aquellos documentos? Diego sabe el asunto; puede usted hablar.

ISMAEL. Mañana marcharé a Madrid.

AUG. ¿Tan pronto?...

DIEGO. Sí. Cuando usted quiera podemos extender el recibo, allá en mi despacho, y cobrará usted inmediatamente. Si me dice usted el día, tendré la cantidad en mi poder para evitarle a usted la molestia de ir a la caja.

AUG. Muchas gracias, querido Ismael. Aunque no hubiéramos llegado a entendernos, siempre quedaría obligado por la buena voluntad con que usted se presta a mis órdenes.

ISMAEL. Voluntad solamente, que no es buena ni es mala, es voluntad. Una palabra que pronuncio siempre con energía, porque a ella le soy deudor de todo. *(Sonriendo.)* Son trescientas mil pesetas, ¿verdad?

AUG. Y el plazo, cinco años; aunque espero liquidar antes, porque desgraciadamente el tío Sebastián...

ISMAEL. ¿No debe vivir tanto?..

AUG. Si disfrutara..., pero impedido y sufriendo.

ISMAEL. Tiene usted razón.

AUG. ¿Podría señalar el jueves como día de pago?...

ISMAEL. Perfectamente.

AUG. Pero ¿usted no se marchará mañana?

ISMAEL. Sí, mañana.

AUG. ¡Es usted encantador!... Venga usted, venga usted, hablaremos de los detalles, que a éste le aburrirán y para mí son interesantísimos.

ISMAEL. Sí, vamos. Perdón, ¿eh?... Voy a tratar los detalles, que son interesantísimos... para el duque. *(Mutis por la derecha, hablando Ismael y Augusto.)*

ESCENA X

Diego; después, Constanza, de la capilla.

DIEGO *(Sentándose.)* ¡Qué lucha tan ridícula, qué tragedia tan cómica esta de las vanidades humillándose para poder seguir siendo vanido-

sos!... ¡En cambio, yo, por no tener y no esperar, disfruto de la vida y de esta mañana esplendorosa y radiante!... Si fuera poeta, para rendirle ese tributo a la divina Naturaleza, hoy no hacía versos.

CONST. *(Tapándole los ojos.)* Adivina...

DIEGO. Si tuviese treinta años, te diría: "tú...", y en el "tú" entraban todas... y algunas más. Ahora te digo solamente: sobrina, sobrinita, ¿para qué me tapas los ojos cuando toda mi picardía se reduce a ver?...

CONST. Te he oído. ¿Ya hablas solo, tío Dieguito?

DIEGO. No. Hablo con el aire y con los árboles y con el celeste resplandor de Febo; con esos pobres dioses del Olimpo a quienes la Ciencia echó por tierra, como si a la tierra la hiciese daño creer en muchas cosas de los cielos...

CONST. *(Sentándose en el brazo del mismo sillón que Diego.)* ¿También tú sientes el encanto de esta mañana deliciosa?... Pues... Dime, tío Diego... Tú, que comprendes la belleza de lo que no tiene realidad material; que te explicas la armonía de lo que no tiene acorde en las horas indiferentes; que al aire y a los árboles les llamas dioses... ¿Por qué las cosas, siendo las mismas, son tan distintas?...

DIEGO. Por la hora.

CONST. ¿La de ellas?

DIEGO. No; la tuya, que las hace vivir.

CONST. *(Levantándose.)* ¿Por qué la Naturaleza, el campo, mudo y frío y sin acento, después de haberlo visto millares de veces impasible, nos habla de pronto con una voz que nadie escucha más que nosotros y en un lenguaje que se entiende tan fácilmente?...

DIEGO. Por el alma.

CONST. ¿Suya?

DIEGO. No; la que tú le prestas en aquel momento.

CONST. ¿Y por qué no vibra siempre?...

DIEGO. Por la misma razón que permanecen tanto tiempo mudas las cuerdas del arpa. El soni-

do está allí, aguardando eternamente, como está la belleza en el campo y la armonía en las ramas de los árboles; pero falta la mano que toque, los ojos que quieran ver y el soplo celestial que fecunde lo estéril y que anime lo inmóvil.

CONST. Y ese afán que sentimos; esa flor que se abre de improviso, con raíces en el suelo y con hojas en las nubes, tan grande, que llena el espacio, y tan pequeña, que cabe en nuestro pecho... Ese afán, ¿cómo se llama?

DIEGO. Unos le llaman Amor.

CONST. Bien suena el nombre...

DIEGO. Otros le llaman Fe.

CONST. Aún lo entiendo más así.

DIEGO. Y otros le llaman Poesía. Pero los tres nacieron de la misma madre, de la piadosa Bondad, el hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, y por eso no sabe nunca a quién favorece con sus dones, y su caridad es la única verdadera, porque está siempre en la mano que concede, y no le exige mérito ni cualidad ninguna a la mano que recibe.

CONST. ¿Hablas formal, tío Diego?

DIEGO. Formal, serio y grave, como habla un catedrático que explica Anatomía, no; en serio, como habla de los aparecidos un miedoso, y del cielo un creyente, sí.

CONST. Y si es verdad lo que dices, ¿por qué ninguno de los tres nombres acaba de explicarme cuál es en mí la verdadera causa de apreciar hoy lo que no aprecié nunca?...

DIEGO. ¿No te sirve ninguno? Pues yo te diré otro que lo aclare más.

CONST. ¿Cuál?...

DIEGO. Ismael.

CONST. ¡Diego!

DIEGO. Diego, no; Ismael.

CONST. ¡No es cierto! ¡Te engañas! ¡Te equivocas!

DIEGO. Más despacio, más despacio Cuando quieras

convencer a alguien de tu indiferencia por algo, ese algo dilo tranquilamente.

CONST. *(Deletreando.)* No... es... cier...to...

DIEGO. Y la piadosa Bondad, el hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, cuando reparte amor, no sabe si te enamora de noble o de plebeyo, de cristiano o de israelita.

CONST. *(Sonriendo.)* No... es... cier...to...

DIEGO. *(Se oye el segundo toque de misa.)* ¿Le aborreces?...

CONST. No.

DIEGO. ¿Es poco simpático?...

CONST. No, no. Voy a buscar mi libro de oraciones.

DIEGO. ¿Podemos decir que es agradable y digno?...

CONST. Sí, sí... *(Marcha hacia la izquierda.)*

DIEGO. Ya es algo a su favor. Y a ti la Iglesia, te llama.

CONST. *(Volviéndose rápidamente.)* ¡No!

DIEGO. A misa.

CONST. *(Riendo.)* ¡Ah!..., eso sí.

DIEGO. Conformes: vete ya, sobrina.

CONST. *(Haciéndole una reverencia burlona.)* Adiós, tío Dieguito. *(Mutis.)*

ESCENA XI

Diego; después, *Ismael,* por la derecha.

DIEGO. *(Sentándose.)* Bueno, sigamos engañándonos unos a otros, y sin que ninguno nos engañemos más que en lo nuestro.

ISMAEL. ¿Qué se hace, Diego?...

DIEGO. Nada.

ISMAEL. Poco es.

DIEGO. ¿Poco?... Pues de eso hizo Dios el mundo.

ISMAEL. ¡Y qué hermoso lo hizo! Es una maravilla este campo, este cielo...

DIEGO. *(Burlón, aparte.)* ¿Otro con poesía? ¿Será epidemia?

ISMAEL. No sé por qué, pero hoy siento que pueden ser sinceros los lirismos de algunos.

DIEGO. No eres tú solo.

ISMAEL. ¿No?... ¿Quién más?

DIEGO. Yo.

ISMAEL. ¡Ah!...

DIEGO. *(Levantándose.)* ¡Qué "¡Ah!" tan despreciativo!...

ISMAEL. ¡No, no!

DIEGO. Pasémoslo. Continúa tu poema.

ISMAEL. Le decía a usted...

DIEGO. ¿Habrás notado que te tuteo?...

ISMAEL. *(Sonriendo.)* Como usted quiera.

DIEGO. ¡Es más fuerte que yo!... Gracias; continúa. Y dime lo que te dé la gana, que hoy estoy en vena de emociones espirituales. Todos los años venimos aquí tres o cuatro meses; multiplica por el número de siglos que yo tengo, y calcula si me sabré de memoria catedrales y conventos y fachadas góticas... y demás zarandajas. En San Esteban hay un cuadro que he visto doscientas veces; pues un día, buscando refugio contra un chaparrón inesperado, entré en la iglesia... y de pronto, por la hora, por la soledad, por la tristeza del lugar, por algo inexplicable..., sentí que aquella imagen vivía, sufría, se quejaba... Yo no sé qué demonios tenía aquel santo, pero me impresionó horriblemente. Luego pasé la noche obsesionado, y al día siguiente, tempranito, volví a mirarlo. ¡Y nada! Era un cuadro bueno; pero nada, un cuadro...

ISMAEL. Esperaré a que llueva para hablarle a usted.

DIEGO. No. Sé respetar los estados de ánimo de mis amigos y amoldarme a ellos.

ISMAEL. Esa amabilidad anima a confesiones...

DIEGO. ¿Empezabas una confesión?... Pues "ego te absolvo". El capellán te daría la absolución después; yo, más práctico, te la administro antes. Para ti es igual. Sigue.

ISMAEL. Si usted me deja... Esta mañana he debido resolver un asunto.

DIEGO. ¿Con el duque?

ISMAEL. Eso ya está. Otro. Y contra mi costumbre y mi temperamento, lo aplacé.

DIEGO. Entendámonos. ¿El asunto, es asunto?

ISMAEL. Precisamente la dificultad estriba en las palabras. Yo supe y sé encontrar los números exactos y la fórmula precisa de un negocio. Pero fuera de ese mundo de cifras o de peleas, balbuceo y voy cohibido por el miedo de una palabra torpe o dicha antes de tiempo.

DIEGO. ¿Y este asunto, que no es de pelea, ni es de negocio, será de pasión?

ISMAEL. Quizá.

DIEGO. Claritos. ¿Sí o no?...

ISMAEL. Sí.

DIEGO. Y el temor está en los fantasmas, en los prejuicios, en los distingos de casta, en las susceptibilidades de abolengo...

ISMAEL. Ahí está.

DIEGO. Pero ¿tienes el convencimiento de que a esa mujer no le eres indiferente?...

ISMAEL. Me parece...

DIEGO. Claritos.

ISMAEL. Creo que...

DIEGO. Claritos. ¿Sí o no?...

ISMAEL. Juraría que sí.

DIEGO. Pues entonces la cuestión es muy sencilla. Dile lo que quieras, como quieras y cuando quieras, que ella de todos modos lo ha de entender; y no lleves el discurso aprendido, con lo cual te evitas el embrollarte y el perder el tiempo.

ISMAEL. Lo malo es el empezar...

DIEGO. No; eso es lo bueno.

ISMAEL. ¿Y si estoy engañado?...

DIEGO. ¿Antes de casarte?... El riesgo es insignificante.

ISMAEL. Entiéndame: ¿si ella no ha visto más que una simpatía en mí?

DIEGO. No seas bobo. ¿Una mujer que no sepa que le hacen el amor?... Lo saben hasta cuando no se lo hacen, conque calcula tú yendo de

veras. Y al exponer tu pensamiento, procura ser breve... Para mí, el modelo de las declaraciones amorosas continúa siendo el de Adán y Eva, nuestros queridos primeros padres. Ella mordía la manzana de un lado, y él de otro, al mismo tiempo, y antes de que la manzana se hubiera acabado, ya estaban juntos los labios y sabían ya que se adoraban.

ISMAEL. Sí; es breve, y lo conozco; pero hoy prefiero la palabra que deja adivinar, mejor que la frase dura y clara que obliga a una respuesta categórica.

DIEGO. ¿Un minuto de romanticismo?...

ISMAEL. ¿Es mucho en toda una vida? No es humano que el hombre, no rendido, pero sí cansado, quiera alejarse un momento de la lucha y decirle a una mujer: "Mujer, si eres celestial, te adoraré, y si no lo eres, te adoraré también; que tanto amor vengo a dar como a pedir, y el mío bastará para los dos". Y si me hicieran la misma pregunta que ya escucharon los siglos, cuando los siglos de ahora empezaban a contarse, si me dijeran: "¿Cómo tú, no siendo de los míos, me pides de beber, a mí, que soy samaritana?..." Con las mismas palabras respondería: "Agua te pido, porque tengo sed...; pero si tú a mí me pidieras, agua viva te daría, y si bebieres de la que yo te doy, no tendrás ya nunca sed".

DIEGO. ¿Y tú eres el que andas buscando palabras?...

ISMAEL. Ya, no. Pero dime, en conciencia, ¿es mucho pedir el que venga a mí una ráfaga de esa dulzura que a todos va repartiendo el sol con su luz, el aire...?

DIEGO. Ahí viene.

ISMAEL. *(Burlón.)* ¿El sol?...

DIEGO. O la Samaritana.

ISMAEL. ¡Constanza!

DIEGO. En familia le llamamos así: Constanza.

ISMAEL. *(Apretándole afectuosamente la mano.)* ¡Es usted un gran amigo, Diego!

DIEGO. No hay inconveniente. Pero de los Evangelios no volverás a colocarme ni un versículo, ¿eh?...

ESCENA XII

Dichos. Constanza, de la casa.

CONST. ¿Charlando?

DIEGO. Y de sublimidades. El hombre práctico que hay en este banquero ha huído—¡perdón! La palabra sonó a krac...—por no sé qué profundas quebraduras, y ha quedado un soñador, un idealista...

CONST. ¿De veras?

ISMAEL. He quedado yo. Siendo lo que el afirma, es verdad.

DIEGO. Y cuando llegaste, entonaba un himno al sol...

CONST. ¿De veras?...

ISMAEL. Sí...

DIEGO. ¿Qué habrá hecho hoy el sol para que todos la toméis con él?...

CONST. Eso quiere decir únicamente que Ismael es impresionable.

DIEGO. Que lo somos.

ISMAEL. Es cierto. ¿Por qué negarlo?...

CONST. Y que si a una hora sabe lo que son sumas y restas, a otras las olvida, buscando..., él sabrá qué.

ISMAEL. ¿Yo nada más?

DIEGO. *(Tose un poco.)* Y esto de amoldarse a emociones extrañas es muy frecuente. Yo he conocido un muchacho que leía, de sobremesa, los "Náufragos de la Isla Misteriosa", y se identificaba tanto con las miserias y el hambre que sufrían, que para poder seguir leyendo necesitaba tomar más postre; si no, tenía debilidad en nombre de los náufragos.

CONST. Cómo me gustaría a mí una aventura de ese género. ¡Eso es vivir!

ISMAEL. ¿Encontrarse perdida en una isla desierta?

DIEGO. No sabe lo que dice, pero le gustaría perderse...

ISMAEL. Que no lo temiera yo, acostumbrado a borrascas y a combates; pero usted, con su vivir tranquilo, feliz, un día igual al siguiente y a la víspera...

DIEGO. El espíritu se complace siempre en lo contrario de lo que disfruta el cuerpo, y Constanza idolatra la acción y el peligro precisamente porque está hecha a tantas obediencias, que su vida es un puro obedecer, aun en aquello que se juzga más libre y más señora de sí misma.

CONST. De eso no me quejo. Sin darnos cuenta o sabiéndolo, todos obedecemos a algo: a nuestros jefes, a nuestras pasiones, a nuestro carácter..., y yo prefiero obedecer a quien me quiere.

ISMAEL. Con eso me da usted derecho a mandar.

DIEGO. *(Aparte, a Ismael.)* ¡Que vas a empezar a comerte la manzana por las pepitas!

ISMAEL. Y voy a ver hasta dónde llega esa obediencia.

CONST. Véalo.

DIEGO. *(A Ismael.)* Te desafía... Aunque sea de pie, estoy por dormirme para no ser indiscreto.

ISMAEL. ¿Qué mandaré yo?...

CONST. ¿Ve usted cómo es muy difícil?...

ISMAEL. Deme usted una flor.

CONST. *(Marchando hacia la derecha.)* Con mucho gusto.

ISMAEL. ¡No, no! De ahí, no; de ahí... *(Las que Constanza lleva.)*

CONST. Son iguales.

ISMAEL. Pero de ésas quiero.

CONST. ¿Y de las otras no?

ISMAEL. No.

CONST. Estas van conmigo.

ISMAEL. Por eso valen.

CONST. Y son como algo de mí misma.

ISMAEL. Por eso las aprecio.

CONST. Y en casa vieron ya que las llevaba prendidas...

DIEGO. Dale la flor, Constanza, si tienes gusto en ello y él la desea. ¿Vais a privaros porque vieron, porque digan, porque hablaron o porque hablarán?... Por ti misma, por la preocupación o por la conciencia, sí vale la pena de resistir un impulso; pero porque los demás contraríen o favorezcan, no.

ISMAEL. ¡Nunca!

DIEGO. Dásela. *(Al desprenderlas se le caen todas, menos una; deteniendo a Ismael.)* No las pises, que sería descortés; pero no las recojas. Si en esas flores has visto algo más que la flor, salvada la tuya, alégrate de que las restantes, las que no han de ser para ti, no sean para nadie y vayan al suelo.

ISMAEL. No. Que vayan al suelo cuando sea ésa la voluntad bondadosa de su dueña; pero caídas, no. Yo las recojo. *(Se oye el tercer toque de misa.)*

DIEGO. *(Alejándose hacia la izquierda.)* Poesía, poesía... Mientras haya almas, tú reinarás; después..., después, tú serás el alma de la Humanidad. *(Constanza marcha hacia la capilla, lentamente, deshojando las flores y dejando caer al suelo las hojas.)*

ISMAEL. *(Yendo a Diego.)* Amigo Diego, necesito tener franqueza con usted, y decirle que yo estoy...

DIEGO. No, no. Como secreto no me lo cuentes, porque ya lo sé. ¡Mira, mira!...

ISMAEL. ¿Las deja caer?... ¿Las que no fueron para mí no serán para nadie?... Eso es...

DIEGO. Poesía, Ismael, poesía. Cuando llega, los burladores nos quedamos serios; cuando pasa de nosotros, los serios se burlan de ella.

CONST. ¿No vienen ustedes?...

DIEGO. Ustedes, eres tú. Vé.

ISMAEL. ¿Yo solo?...

DIEGO. En este momento y de este verso, el conse-

nante eres tú. ¡Vé! *(Ismael se reúne a Constanza y entran juntos en la capilla. Diego, inmóvil, los mira y sonríe. Por la izquierda pasan a misa Angela, Clara y Leopoldo, seguidos de dos criadas. Por la derecha, Augusto, y detrás, Juan Manuel y Pedro.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un interior en casa de los duques. Puede ser un patio o una habitación con amplia salida al jardín; lo esencial es que sea recogido, con mucha luz y muy alegre. Es por la tarde.

ESCENA I

Clara y *Leopoldo*, sentados en mecedoras. Una *Criada*, que entra por derecha y recoge el servicio de café.

CRIA. ¿Puedo recoger?

CLARA. ¿Y los señores?...

CRIA. En el jardín, menos el señorito Ismael, que está en su cuarto arreglando el equipaje; ha dicho que le llevaran allí el café.

CLARA. ¿Le habéis servido ya?

CRIA. ¿Al señorito Ismael?... Sí, señora; inmediatamente, ¡ya lo creo! ¡¡No faltaba más!!

CLARA. ¡Bueno, bueno!...

CRIA. ¿Quiere algo?... *(Mutis Criada por derecha.)*

LEOP. Respiran por la herida...; vamos: por la propina.

CLARA. Es natural... *(Pausa.)* ¿Por qué duermes, Leopoldo?

LEOP. Tengo sueño.

CLARA. Eso te pregunto. ¿Por qué tienes sueño a estas horas?... Hazme el favor de espabilarte;

no vaya a entrar cualquiera y se figure que hemos pasado la noche en vela..., y como no hemos, no quiero que se lo figuren.

LEOP. Pellízcame a ver... *(Levantándose.)* ¡Estoy de la familia, del almuerzo en familia y de las chinchorrerías de la familia, hasta aquí!

CLARA. ¿Hasta dónde, que no te he visto señalar?...

LEOP. Hasta la coronilla. Es verdad nuestra alcurnia, es verdad nuestra nobleza; pero todos los días y a todas las horas, nobleza y alcurnia, y alcurnia y nobleza... Y como si fuera poco lo que dice, aún molesta con lo que hace.

CLARA. ¿Y qué hace?

LEOP. Obligarnos a vestirnos todas las noches como si fuéramos de baile.

CLARA. Y vestirse, no viéndolo nadie...

LEOP. ¡Que lo vean después!

CLARA. Naturalmente.

LEOP. Estoy decidido. Me voy a París.

CLARA. ¿Tú?...

LEOP. Contigo, mujer.

CLARA. Es una buena idea. ¿Y dinero?...

LEOP. Esa es otra idea. *(Pausa.)*

CLARA. Ismael es muy amigo tuyo...

LEOP. Sí; ¿por qué?

CLARA. Por nada.

LEOP. La abuela se ha descolgado con dos mil pesetillas.

CLARA. Ni para el viaje.

LEOP. El tío Augusto, ni un céntimo. Buenos consejos y palmaditas en el hombro, para que con el masaje entraran los consejos, pero sin aflojar la bolsa. Dice que por este año es imposible...

CLARA. ¿Y tu fortuna?... ¿Cuándo liquidáis?...

LEOP. Ese es otro cantar; que no conviene precipitarse; que sería una vergüenza vender fincas; que aguardemos..., y que aguardemos.

CLARA. ¡Qué fastidio!...

LEOP. Pero yo no estoy dispuesto a seguir aguantando esta predicación constante, recrudecida ahora con la presencia de Ismael. Y dicho sea

entre paréntesis, no sé cómo resiste, porque la abuela le dedica todos los puntazos, y de plebeyo lo coge y lo deja, que no hay luego por dónde cogerle.

CLARA. Le mortifica un poco de más...; pero él no lo entiende o no quiere entenderlo.

LEOP. A su negocio, a comprar esas tierras, y después se desquitará diciendo pestes de nosotros.

CLARA. ¿Crees tú...?

LEOP. Y hará perfectamente. *(Pausa.)*

CLARA. Y no hay que contar con que me sirva ningún traje de los del invierno pasado...

LEOP. ¿No?... Vaya, pues a dormir. *(Vuelve a sentarse.)*

CLARA. Tienes mucha amistad con Ismael, ¿verdad?

LEOP. ¿Por qué insistes en preguntarme eso?

CLARA. Quizá él pudiera facilitarte...

LEOP. ¡Jamás! *(Pausa; levantándose.)* ¿Qué has dicho?...

CLARA. No he hablado.

LEOP. *(Pausa.)* Jamás...

CLARA. Bien...

LEOP. No voy a pedirle cinco o seis mil pesetas, que parecería un sablazo.

CLARA. Pídele una cantidad que no lo parezca.

LEOP. *(Riendo.)* ¿Cincuenta mil?

CLARA. ¿Por qué no?

LEOP. Porque no las daría.

CLARA. ¿Quién sabe?... Es inmensamente rico, y hoy no le niega un favor a los de esta casa.

LEOP. Naturalmente, con mi firma.

CLARA. Naturalmente. ¿Se las pides?

LEOP. ¿Si yo supiera que...?

CLARA. Por sabido. Y aprovecha a escape, que mañana temprano, en el tren de las nueve y treinta, se va a Madrid.

LEOP. Ha de ser hoy..., claro.

CLARA. ¡Ah..., oye! Pídele cien mil.

LEOP. ¡Clarita!

CLARA. Con tu firma, naturalmente. El rato a pasar

es el mismo, y nos resuelve una porción de apuros.

LEOP. Eso sí...; pero...

ESCENA II

Dichos; Juan Manuel, por el foro.

J. MAN. Señora condesa...

CLARA. ¿Qué quieres, Juan Manuel?...

J. MAN. Pues a ver si ustedes le dicen a la señora duquesa que lo de la vaca "Pintada" se pone feo, y el profesor no responde.

LEOP. Díselo tú.

J. MAN. No, señor; yo no me resuelvo a irle con esa encomienda.

CLARA. *(Riendo.)* Ni yo. Que se lo diga don Inocencio.

J. MAN. Don Inocencio; eso es lo mejor. No sé cómo el padre tiene salud con los sustos que le da la señora duquesa, que no es que tenga mal genio; pero tiene genio...

CLARA. No replicándola, el nublado pasa pronto.

J. MAN. Puede que sea de ese modo. ¿Permiso...?

CLARA. Anda con Dios. *(Mutis Juan Manuel por el foro.)*

LEOP. Temo que sea muy exagerado lo de las cien mil.

CLARA. ¡Como si tu nombre no respondiera a eso y a más!

LEOP. ¡De sobra!

CLARA. *(Advirtiéndole.)* La abuela.

ESCENA III

Dichos; Angela y *Torres,* por derecha.

ANG. ¿Qué hacéis?...

LEOP. Intentando una siesta.

ANG. Para dormir hay señaladas sus horas en la

Naturaleza. Yo no he dormido jamás de día, y así estoy fuerte y sana. A eso lo atribuyo.

LEOP. Pero el tío Diego, aun aquí, se acuesta a las tres o a las cuatro, y se levanta a las doce. ¡Y está bien robusto!

CLARA. Y lo atribuye a eso.

ANG. ¿Qué consecuencias sacas? ¿Que yo no digo la verdad?... El discutir a las personas mayores es de un gusto dudoso. Recuérdalo, Clarita.

CLARA. No quise decir...

ANG. Os dejo al señor de las Torres.

LEOP. Gracias.

ANG. *(Acercándose a Torres.)* Voy un momento a mis oraciones de la tarde, que luego vendrá gente y no me dejarán. *(Más alto.)* ¿Usted me oye?...

TORR. Eso quisiera.

CLARA. *(Hace ademán de que va a rezar.)*

TORR. Muy bien, muy bien; téngame presente en sus rezos, que por las virtudes de usted han de ser muy gratos allá arriba.

ANG. Atendedle.

LEOP. Ya estuvo aquí toda la mañana con pretexto de la misa; después se quedó a almorzar con pretexto del almuerzo, ¡y ahora, de tertulia!

ANG. ¿No sabes mortificarte?... No olvides, Leopoldo, que este respeto y esta consideración es el fundamento de la familia, y si tuvierais hijos, que el cielo parece no querer concedéroslos...

CLARA. No le riñas por eso todavía, abuela...

ANG. Comprenderíais mejor mis reflexiones. Atended a ese caballero, que honra nuestra casa con su visita bastante más que algunos otros.

LEOP. Ismael marcha mañana.

ANG. No aludo a nadie.

CLARA. No... *(Mutis Angela por la izquierda.)*

ESCENA IV

Clara, Leopoldo y Torres.

LEOP. ¡Todo sirve para una reprimenda o para un sermón!...

TORR. Es discretísima esta señora, mi señora doña Angela de Fuentioñoro.

LEOP. ¿Usted qué sabe?...

TORR. ¿Eh?...

CLARA. ¿Que usted qué sabe, si no la oye jamás?

TORR. La conozco desde muy joven, y goza justa fama de entendida y de recta y de muy religiosa. No me cansaré nunca de alabarla como se merece.

ESCENA V

Dichos; Diego, por la derecha, y *Don Inocencio.*

LEOP. Se le estima, don Inocencio; tiene usted que decirle a la abuela que la vaca revienta y que ya puede ir disponiendo el comprar otra.

INOC. ¿He de ser yo?...

CLARA. ¿También le tiene usted miedo?

DIEGO. Ese "también" es muy satisfactorio para la familia.

LEOP. Déjese de pamplinas y haga lo que le ordenan.

INOC. Yo no discuto, señor conde... *(Humildemente.)* Y obedeceré, como siempre.

DIEGO. Pero hombre, cura, ¿no te da vergüenza ser tan apocado? Ten energía una vez siquiera.

INOC. En casa tenemos el ejemplo, con el señor de la Peña, de cómo una persona, por su voluntad, llega a ser poderoso y considerado; yo soy el ejemplo de cómo una persona, a fuerza de voluntad, llega a no tenerla. De chico, mi carácter era arrebatado, fuguillas, con ideas

propias, opiniones, simpatías y antipatías..., en fin, con una porción de majaderías.

CLARA. ¡Majaderías, no!

DIEGO. En lo suyo, él sabrá más que tú.

INOC. Sí, señor. Hasta que me persuadí de que llevaba mal camino, y entonces me propuse guiar mi pensamiento, en lo trivial de la vida, por donde pensaban los demás, perfeccionándome tanto en esa labor, que he conseguido borrar mi personalidad; yo no soy yo, y soy la persona con quien hablo, y si con diez personas hablo al día, yo soy las diez personas y tengo diez opiniones diferentes..., y lo peor es que las diez veces estoy firmemente convencido de lo que digo.

CLARA. En la apariencia, en la cortesía de no contradecir, quizá; pero en su interior de usted...

INOC. Casi igual.

DIEGO. Pues yo encuentro deplorable tu sistema. No digo que lleves la contraria siempre; pero cuando el momento lo exija, un poquito de entereza es muy conveniente.

INOC. ¿El consejo de usted es que tenga un arranque de energía cuando las circunstancias parezcan pedirlo?

DIEGO. Eso es.

INOC. Perfectamente. Supongamos que ya lo he tenido con la señora duquesa; me despide..., salgo de esta casa...

DIEGO. Y a otra; que nunca faltan.

INOC. Perfectamente. ¿Y en esa otra...? ¿Otro arranque...?

CLARA. *(Riendo.)* ¡No!

INOC. Pues entonces, lo que he de pasar allá, bien puedo sufrirlo aquí, ahorrándome la caminata. Y perdone que se lo diga, mi querido don Diego: el que nace para humilde no se ha de alborotar por humillado, y las máximas de energía son buenas para los triunfadores, para los que aciertan en su rebelión; para los demás, les causan muchísimo daño y jamás sa-

can de ellas un provecho. Y disimulen que haya hablado tanto de mí mismo. Con su licencia, voy al recadito de la vaca "Pintada", ya que eso es lo que disponen. *(Mutis don Inocencio por izquierda.)*

ESCENA VI

Dichos, menos *Don Inocencio.*

LEOP. ¿Qué dices tú, Diego?...

DIEGO. Digo que es una porra todo esto de aconsejar a los demás; que cada uno tiene razones sobradas para brincar o para estarse quieto, y que sólo Dios sabe la cantidad enorme de energía que hará falta para cometer muchas de las que nos parecen cobardías.

CLARA. Bien dicho.

DIEGO. Y digo, además, que yo seguiré dando los consejos que no me piden..., por mis razones particulares.

LEOP. Lo esencial es que vaya con el recadito.

DIEGO. Conde de Eguiza, ¡eres un gran filósofo! No quiero hacerte la injusticia de suponer que sepas filosofía, ni nada...

CLARA. Sabe quererme y le basta.

DIEGO. ¡Quién lo duda!... Pero he dicho la mayor verdad que han oído los siglos: lograr lo que a uno le importa, y el resto no importarle a uno.

LEOP. Mucha novedad no es...

DIEGO. No. Sin embargo, fírmala y te acreditas.

CLARA. Ya se nos quedó otra vez dormido el señor de las Torres.

LEOP. ¿Vamos a despertarle con un buen susto? *(Coge una silla para dejarla caer.)*

DIEGO. ¡Leopoldo! *(El señor de las Torres les mira y sonríe. Leopoldo deja la silla.)*

CLARA. ¿Se dormía?

TORR. No. Siempre tengo pendiente alguna conver-

sación conmigo mismo..., y ahora seguía en mi interior diciendo alabanzas a esta casa, en donde quiero a todo y a todos.

CLARA. Pero especialmente a la abuela.

TORR. Ella es la virtud y es la bondad personificadas.

CLARA. ¿Y los demás?

TORR. Los demás reflejan de ella. Y no se figuren que siempre tuvo el pelo blanco y el andar lento... ¡No! Que fué bien alegre, y bien ágil, y bien linda..., y bien codiciada. Cuando se casó era una real moza, y su esposo, otro.

DIEGO. ¿No era el mismo?...

TORR. ¡Otro real mozo, señor!

LEOP. Eso aclara un poco...

CLARA. ¿Creo que le tenía en un puño?...

DIEGO. Sí; pero cuando ese puño se desencolaba, el bastón era muy alegrillo. Había que verlo viajando solo; tratándose de casados, solo quiere decir siempre sin la mujer.

CLARA. No lo aprendas...

TORR. Mi gran amigo el onceno duque de Azaral era un señor, lo que se llama un señor. Generoso, hidalgo, valiente, cortés y de una educación esmeradísima. Protector de los artistas y un entusiasta aficionado de las Bellas Artes.

DIEGO. De eso puedo dar fe. Las tres veces que fuimos juntos a París, las tres se largaba de noche a ver cuadros.

CLARA. Pero allí, de noche, ¿no cierran los museos?

DIEGO. Los que él visitaba, no.

TORR. ¿Cómo ha dicho?... ¿Cómo ha dicho?...

CLARA. *(Al oído.)* Que de noche...

TORR. No...

CLARA. *(Más alto.)* Que de noche...

TORR. ¡No!

CLARA. ¿Cómo que no?

TORR. Por este lado, no; que es perder el tiempo. Por aquí, ni una bala.

CLARA. *(Hablándole del otro lado.)* Que el abuelo iba de noche a visitar museos.

TORR. Sí, sí; era muy gracioso. Y en Salamanca, po-

pularísimo: le conocían hasta las piedras. En saliendo de casa, ya era de ritual ir con el sombrero en la mano, porque todos le saludaban: "Buenas tardes, señor duque; buenos días, don Luis; adiós, Luisito...", y los chiquillos, porque siempre les daba cuartos para golosinas, le querían como a un padre.

DIEGO. Y a algunos puede que nos les faltara razón.

TORR. Era muy famoso.

DIEGO. Usaba una peluca con el pelo muy largo, y para disimular, tenía otra con el pelo corto; eran los días que él llamaba de peluquero. Lo grave es que el pelo crecía una cuarta de la mañana a la tarde...

TORR. ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... *(Leopoldo, acercándosele, finge que habla. Riendo.)* Es gracioso, es gracioso...

CLARA. *(Apartándole.)* No tengas mala entraña, Leopoldo. *(A Torres.)* ¡Que no habla siquiera!...

TORR. Ya lo sé, ya lo sé, condesita de Eguiza. Pero dándome por enterado se le malograba la burla, vamos, la broma, y no valía la pena de que fracasara por tan poco el ingenio de mi joven amigo el señor conde de Eguiza, nieto de mis respetabilísimos amigos los señores duques de Azaral. No; no valía la pena...

DIEGO. *(Abrazándole.)* Eres un barbián, señor de las Torres.

CLARA. *(A Leopoldo.)* Lo tienes merecido...

TORR. *(A Leopoldo.)* No es reproche, no; compréndalo.

DIEGO. Y si lo fuera, que se rasque.

TORR. *(A Diego.)* Sé que es un defecto muy grande el mío... Yo hubiera preferido tener un vicio, aunque fuese muy grande también, porque la gente se reiría o se indignaría a mis espaldas únicamente..., y a espaldas todo es igual; ¡pero no está en mi poder un cambio tan ventajoso! No me quedaba más recurso que aislarme..., y eso era horrible; hacer cuestión personal cada mofa de éstas..., y eso era impo-

sible, porque aun logrando matar a media Humanidad, tendría que seguir matando a unos cuantos más, o reírme yo también, y eso hago, convencido de que los burladores se cansan pronto cuando el burlado empieza él mismo por reírse. Hasta luego, condesita...

CLARA. ¡Quédese un rato de tertulia!

TORR. Hasta luego, señor conde.

LEOP. Perdone usted...

TORR. Diego... Ya sabe uno bien cuándo hace el ridículo; pero la vida—la vida de algunos, por lo menos—depende precisamente de ignorarlo.

DIEGO. Quédate, hombre. Aquí todos te queremos bien; a gritos, pero te queremos.

TORR. Hasta luego, Dieguito. Cuando no me río no puedo estar mucho tiempo en ninguna parte. Despídanme de la señora duquesa..., y ¡dispensen, ¿eh?, dispensen!...

DIEGO. *(Cogiéndole.)* ¡Quédate!

TORR. Dispensen... Buenas tardes, señores míos. *(Mutis Torres por el foro.)*

ESCENA VII

Dichos, menos *Torres.*

LEOP. ¡Estoy insoportable, lo reconozco!... Pero hay que disculparme un poco, porque me tiene nervioso esta atmósfera de hostilidad que se respira en nuestra casa.

CLARA. Es nervioso, tío Diego.

DIEGO. Sí, hija, sí. El que no esté muy en el secreto pensará que es mala educación; pero a nosotros nos consta positivamente que es enfermedad, y hay que compadecerle. ¡Pobre Leopoldo!...

LEOP. No empieces tú ahora con cuchufletas, porque me voy a encarar contigo y saldremos mal tú o yo, o los dos.

CLARA. Quiere decir que le perdone usted...

DIEGO. ¿Quiere decir eso?... Pues que lo diga, Clarita, que lo diga.

CLARA. Está muy contrariado por no disponer de una cantidad que necesita.

DIEGO. Contrariado por eso mismo llevo yo cuarenta y seis años.

LEOP. Cincuenta y seis.

DIEGO. ¿Seguro?...

LEOP. Sí.

DIEGO. Bien. Cincuenta y seis.

CLARA. ¿Qué necesidad tienes de rectificar eso?

LEOP. ¿Y tú de enmendarme la plana?

CLARA. Mira, Leopoldito...

LEOP. *(Brusco.)* ¡Déjame en paz, eh!

CLARA. *(Severa.)* ¡Leopoldo!...

DIEGO. *(Suavemente.)* Es nervioso, Clarita, es nervioso.

CLARA. *(Dominándose.)* Sí lo es.

LEOP. Oye, tío Diego. *(Amenazando.)*

DIEGO. *(Con calma.)* ¿Qué, sobrino, qué?

CLARA. *(Advirtiéndoles.)* Ismael...

ESCENA VIII

Dichos; Ismael, por la izquierda.

CLARA. Amigo Ismael..., ¿recluído?

ISMAEL. Terminando de arreglar el equipaje.

CLARA. Había tiempo.

ISMAEL. Pero ese cuidado ya está fuera.

DIEGO. ¿Cómo andamos de sueños y de nubes y de poesía?...

ISMAEL. Ya volaron. Hay que volver en seguida a la lucha, so pena de ser vencido. Y no me conviene...

LEOP. Aún está el correo de hoy sin abrir.

ISMAEL. Ahora.

LEOP. Si me viera obligado a leer y a contestar tantos papelotes, enfermaba en un mes.

ISMAEL. Sería muy sensible.

LEOP. Con la fortuna de usted, ya había yo mandado a paseo los negocios.

ISMAEL. ¿Y con qué voy a entretenerme?

CLARA. Ha de ser muy divertido manejar millones, meter los brazos hasta el codo en talegas de oro...

ISMAEL. Esa es la leyenda; la realidad es más prosaica. Una firma en el libro de cheques o en el vendí de Bolsa.

CLARA. En Salamanca deja usted fama de espléndido. Las señoras de las Juntas dicen que da gusto acercarse a usted.

ISMAEL. Yo también lo digo de ellas.

CLARA. ¡Pidiendo!

ISMAEL. Aunque sea de ese modo.

CLARA. Y limosnas ha dado usted sin tasa...

ISMAEL. Fuí pobre, y cuando piden, me lo recuerdan. El que da, no da: devuelve.

CLARA. Realmente, es muy hermoso hacer el bien.

ISMAEL. Sí, señora; aunque no estoy muy convencido de que el dar dinero y hacer el bien sean siempre una misma cosa.

CLARA. Eso ya es un poquito alambicado...

ESCENA IX

Dichos; Criado, por izquierda.

CRIA. *(Entregando un telegrama.)* Ya he firmado yo el recibo para que el señor no se molestase, y si hay contestación, iré escapado a Telégrafos.

CLARA. *(Aparte, a Diego.)* Son angelicales estos criados...

DIEGO. *(A Clara.)* Aquí también lo son los señores.

ISMAEL. *(Al Criado, que se retira.)* No. *(A Diego.)* Es de la Casa Leblin y Compañía, e interesante. *(Leyendo.)* "Confirmamos carta, créditos aumentan, crédito disminuye."

DIEGO. ¿A quién se refieren?

ISMAEL. A uno...

DIEGO. Creí que era a otro.

ISMAEL. Puede que sea el mismo.

CLARA. *(Que habló en voz baja con Leopoldo.)* Mientras abre usted su correo yo voy a escribir al tío Sebastián, felicitándole.

ISMAEL. ¿Está de días?

CLARA. De muchos días, sí; ha mejorado.

LEOP. No cierres la carta; yo también le pondré unas líneas.

CLARA. *(Cogiéndose del brazo de Diego y llevándoselo.)* Hasta ahora. Volveremos inmediatamente.

DIEGO. *(Aparte, a Clara.)* Si vas a escribir, te estorbaré...

CLARA. ¡No!

DIEGO. Entonces, ¿es que estorbo aquí?...

CLARA. En ninguna parte. Anda, ven...

DIEGO. ¿Tiene que hablarle Leopoldo?... ¿Mucho?

CLARA. Un rato...

DIEGO. No pregunto tiempo, sino cantidad.

CLARA. ¡Qué mal pensado eres!... ¡Anda, tío Dieguito, anda!... *(Mutis Clara y Diego, por derecha.)*

ESCENA X

Ismael y Leopoldo.

ISMAEL. *(Sentado; abriendo su correo.)* ¿Usted me permite, conde?...

LEOP. ¿No le distraerá a usted demasiado que hablemos una palabra?

ISMAEL. Es posible; pero la oiré con mucho gusto.

LEOP. *(Sentándose a su lado.)* Se trata de algo personal...

ISMAEL. ¿Un negocio?... ¿De esos que usted no haría si tuviera mi fortuna?

LEOP. En el caso de usted me retiraba después de éste.

ISMAEL. No está mal dispuesto... *(Toda la escena abre cartas y lee, atendiendo poco a Leopoldo.)* Con

su venia, seguiré enterándome del correo. [illegible]ando mejor así: es una costumbre del despacho... Veamos el negocio. ¿grande?

LEOP. Sí... algo.

ISMAEL. ¿Con qué garantía?

LEOP. Mi firma.

ISMAEL. Bien. Supongamos que es garantía.

LEOP. *(Levantándose enojado.)* ¡¡Señor de la Peña!!

ISMAEL. *(Sin moverse y sonriendo.)* En este momento no es usted razonable...

LEOP. Soy el conde de Eguiza.

ISMAEL. Exacto.

LEOP. El nieto de la duquesa de Azaral y el sobrino preferido del tío Sebastián...

ISMAEL. ¿Que vive todavía?

LEOP. *(Un poco cortado.)* Sí, señor...

ISMAEL. Pues un tío vivo no es garantía comercial.

LEOP. *(Secamente.)* ¿Eso quiere decir que no?... *(Ismael hace un gesto dudoso.)*

ESCENA XI

Dichos; Constanza, por la izquierda.

CONST. No les consiento a ustedes que permanezcan bajo techado con un día tan espléndido. ¿Vamos a merendar al campo?...

ISMAEL. *(Muy gozoso.)* Lo que usted disponga: ya es lo mismo que mandarlo.

CONST. *(Muy seria.)* Pues ordeno y mando que... que... *(Pausa, riéndose.)* No sé ni las fórmulas de mandar en lo más insignificante; es preferible obedecer...

ISMAEL. ¿De verdad?...

CONST. ¿Ya no se acuerda usted de mi obediencia?...

ISMAEL. ¡Sí, sí!...

CONST. Voy a convencer a Clarita y a padre y al tío Diego para que nos acompañen. *(Muy seria.)* La abuela no vendrá porque ya le fatiga el andar mucho.

ISMAEL. *(Gozoso.)* ¿No vendrá la abuela?...

CONST. No. *(Le mira un momento seria y en seguida se echa a reír.)* Comamos contigo, ¿eh, Leopoldo?... *(Mutis Constanza por la derecha.)*

ESCENA XII

Ismael y Leopoldo.

ISMAEL. *(Mira desaparecer a Constanza sonriendo, gozoso; luego, volviéndose a Leopoldo.)* Eso quiere decir que sí, que estoy pronto a honrar la firma de usted. *(Sentándose. vuelve a leer.)*

LEOP. Y facilitarme...

ISMAEL. Sí, ¿cuánto?...

LEOP. Bastante...

ISMAEL. ¿Cuánto...?

LEOP. Cien mil...

ISMAEL. ¿Cien mil qué...?

LEOP. Pesetas. Que yo le... *(Deteniéndose ante un gesto de Ismael.)*

ISMAEL. *(Lee una carta con mucha atención; termina y vuelve a leer, sonriendo y pausado.)* Es curiosa esta carta, la confirmada por el telegrama de la Casa Lebliu y Compañía.

LEOP. *(Sonriendo malhumorado.)* ¿Sí?

ISMAEL. Sí.

LEOP. ¿A propósito de qué?

ISMAEL. De intereses relacionados con mis asuntos. *(Guardándose la carta.)* Es muy curiosa...

LEOP. Quizá le hagan a usted variar...

ISMAEL. Ni esto ni nada; pero esto ya lo sabía.

LEOP. Se las devolveré a usted en el plazo de... ¿de seis años?

ISMAEL. Bien.

LEOP. Y quizá no lleguemos a ese tiempo, porque, desgraciadamente, la salud del tío Sebastián...

ISMAEL. Usted es más generoso.

LEOP. *(Sorprendido.)* ¿En qué?

ISMAEL. En el plazo. Otros no le autorizan para tanto.

LEOP. ¿Otros...?

ISMAEL. No se preocupe usted.

LEOP. Pondremos el interés que usted considere...

ISMAEL. Ninguno. En su lugar una condición: que si alguna vez le pido a usted un favor, usted lo hará.

LEOP. *(Receloso.)* ¿Y si no puedo?

ISMAEL. No pudiendo, me da usted su palabra de caballero de no intervenir ni en pro ni en contra.

LEOP. ¿Nada más?

ISMAEL. Nada más.

LEOP. ¡Es usted un banquero ideal!

ISMAEL. A fuerza de ser práctico, en algunas ocasiones idealizo mi vida... y las ajenas. Mañana daré yo mismo la orden de pago en Madrid; pasado, puede usted presentarse a cobrar, si no prefiere usted...

LEOP. Iré, iré. Y gracias. *(Levantándose.)* ¿Al fin compra usted aquí esas tierras...?

ISMAEL. Probablemente.

LEOP. Dicen que tiene usted grandes posesiones en Jaén y en Córdoba, y...

ISMAEL. He caído en la manía de adquirir.

LEOP. Todo lo que sale.

ISMAEL. Casi todo. Todo sería una exageración.

LEOP. ¡Le habrán hecho a usted cada oferta...! Y en cuestión de mujeres no hablemos.

ISMAEL. *(Levantándose.)* En cuestión de mujeres, he tenido que comprar a muchos hombres.

LEOP. Eso costará...

ISMAEL. Cuando vienen a ofrecerse, no, suelen ser baratos; los caros son aquellos que no llegan nunca a saber que se vendieron.

LEOP. ¿Será usted muy desconfiado...?

ISMAEL. Al revés, confiadísimo, convencidísimo...

LEOP. Eso va en el carácter.

ISMAEL. No, no; en el precio.

LEOP. Varía.

ISMAEL. Poco.

ESCENA XIII

Dichos. Augusto, por el foro.

AUG. Pensé que estaba usted solo.
LEOP. Y lo está, tío, lo está. Yo voy a decirle a Clarita que prepare el equipaje; nos iremos mañana.
AUG. A París.
LEOP. Primero a Madrid.
AUG. ¿Para qué tanto rodeo?
ISMAEL. Quizá sea lo más directo...
LEOP. Quizá... *(Adelanta a encontrarse con Clara.)*

ESCENA XIV

Dichos. Clara, por la derecha.

AUG. *(A Ismael.)* Ya he telegrafiado avisando que el jueves... el jueves, ¿verdad?
ISMAEL. Sí, señor.
AUG. ¡Qué amable!...
LEOP. *(A Clara.)* No hubo dificultad.
CLARA. Ya te lo dije. ¿Cuánto?
LEOP. Las cien. También me lo dijiste.
CLARA. *(Alto.)* He dejado abierta la carta para el tío Sebastián.
LEOP. Pues le anunciaré nuestra visita.
CLARA. ¿Vamos a Madrid?
LEOP. Aunque no haya peligro quiero saludarle y abrazarle. Y de paso cobrar...
CLARA. Pues le abrazaremos; díselo. *(Mutis Leopoldo por la derecha.)*
ISMAEL. Constanza le buscaba a usted, duque.
CLARA. Quiere ir a merendar a los Collados.
AUG. Iremos. *(A Ismael.)* ¿Usted vendrá?...
CLARA. Es en obsequio suyo.
ISMAEL. No.
CLARA. Entonces estoy equivocada...

ESCENA XV

Dichos; Constanza y *Diego*, por la derecha.

AUG. ¿A los Collados?
CONST. Venía a pedirte permiso. *(Con guantes y sombrilla, pero sin sombrero.)*
AUG. Pondrán el "break" con las cuatro mulas y os llevaré.
DIEGO. ¿Guiarás tú?... Pues dile a las mulas que han de llevar personas de mucha estimación; te lo ruego.
AUG. No pases cuidado. *(Mutis por el foro.)*

ESCENA XVI

Dichos, menos *Augusto*.

CLARA. Fué una lástima que despidierais a Pedro, el cochero.
CONST. Aquél llevaba muy bien el ganado; pero además se llevaba la paja y la cebada...
CLARA. Era un muchacho bastante instruído.
DIEGO. Viajó mucho. Según noticias, estuvo en Francia, estuvo en América, estuvo en la cárcel... y lo mejor que hizo aquí fué el marcharse.
CONST. Lo mejor.
CLARA. Verá usted qué linda es la dehesa adonde vamos. De joven era yo muy aficionada a las jiras campestres.
ISMAEL. ¿De joven?
CLARA. De soltera.
ISMAEL. Cree que envejeció el día de la boda.
CLARA. Fué una ceremonia tan solemne y es un mudar de estado tan definitivo, que impone espanto. Yo pasé un miedo horrible.
DIEGO. Justificado, hija, justificado.
CONST. En el error de ese día van muchos días horrendos.

CLARA. Y muchos felices.
DIEGO. No tantos...
CLARA. ¡Muchísimos! Créeme, Constanza.
ISMAEL. ¿Habló usted de equivocación, de error?...
CONST. Sí...
ISMAEL. Y error, ¿qué es?
CONST. Engañarse en los sentimientos o en el carácter.
ISMAEL. No. La gente se engaña porque va al matrimonio buscando una solución, una conveniencia, una alianza de clases y a veces un mudar de vida nada más, y suponen que se amoldarán, y que el amor acudirá después; pero los que llevan ya el amor como primera ofrenda, ésos no se engañan nunca.
CONST. Y aunque uno deje de querer, basta el cariño del otro para que a los dos les siga pareciendo que se quieren siempre.
CLARA. La teoría es hermosa; pero quedan aún muchas consideraciones...
ISMAEL. Ninguna.
CLARA. Hay que amoldarse al medio ambiente, a las exigencias sociales...
ISMAEL. A nada, a nada. Sólo hay una razón insuperable, que es la de no ser correspondido; pero el resto de los obstáculos, ni me preocupan, ni los cuento, ni lo valen.
CONST. Eso es confiar en sí mismo.
ISMAEL. Eso es haber luchado y conocer lo mal que se defienden los demás. ¿No ve usted, Constanza, que yo tuve la suerte inmensa de encontrarme abandonado, sin nadie y sin nada?...
CONST. ¿Y ésa fué suerte?...
ISMAEL. ¡Inmensa! O encontrarse ya desde la cuna poderoso, que es lo mejor, o encontrarse completamente abandonado. lo que hace vacilar las energías es el que alguien, torpemente bondadoso, nos asegure el pan y la casa. ¡No, no! Es preferible no tener nada para no acostumbrarse a tener poco. Mire usted por la ciencia, por la banca, por la política, por el arte... y

todo el que ha llegado muy arriba ha empezado desde muy abajo: los que nacen en el medio, en el medio suelen quedarse.

CONST. ¡Verdad es!

CLARA. Diciéndola Ismael...

CONST. ¿Por suya no se la voy a negar?...

DIEGO. Tú y yo somos dos hombres que hemos errado la vocación, únicamente por haber nacido fuera de nuestro tiempo. Cuatro siglos menos, tú serías un paladín heroico, peleando por el guante y por los colores del tocado de tu dama, desfacedor de entuertos y adelantado en las fronteras; yo sería un obispo... y ahora soy un vago. En lo mío no se nota mucho la diferencia. pero en lo tuyo sí, porque no es corriente el imaginarse al Cid con lápiz y cuaderno de notas, en vez de lanza y de yelmo.

ISMAEL. Gana de broma.

CONST. No tanta.

CLARA. ¿También tú le ves con casco, cimera y guantelete?...

CONST. Así no, pero leal y caballeroso y pronto a corregir un desmán o a enmendar una injusticia de la suerte, sí.

ISMAEL. Por lo menos, así procuro ser.

CLARA. *(A Diego.)* Tenías tú razón, tío, al llamarle paladín y adelantado en las fronteras. Sobre todo, adelantado me parece que lo está.

DIEGO. Le idealiza un poco. No me sorprenderá que cualquier día se humanice demasiado.

CLARA. ¡Ni pensarlo! La abuelita no consentirá jamás.

DIEGO. Voy a ver cómo respiran en ese terreno. *(Alzando la voz.)* Desgraciadamente, querido Ismael, no sirven esas bravuras, ni se pelea con el coraje tan sólo. Hay muros muy resistentes...

ISMAEL. ¿Cuáles?

DIEGO. Los prejuicios de clase, los linajes, los orgullos...

ISMAEL. ¿Los orgullos?... Ninguno es legítimo; pero el

único disculpable es el del dinero, porque compra a todos los otros.

CONST. ¡No!

CLARA. ¡No!

ISMAEL. *(A Clara.)* Cuando usted lo desee, yo la convenceré a usted.

DIEGO. Se da por convencida. *(A Clara.)* Para no discutir.

CONST. ¿Y a mí?

ISMAEL. Tardaría más; pero también llegaba. Si yo quisiera a una mujer...

CLARA. Que podemos suponerlo...

ISMAEL. Y los suyos me pusieran el veto...

DIEGO. Que podemos suponerlo... *(A Ismael, cuando éste le mira.)* para discutir.

ISMAEL. ¿Qué motivos podrían existir para detenerme?... ¿Por ideas?... No, que yo las cambiaría. ¿Por linaje?... No, que yo lo nivelo. ¿Por biasones?... No, que yo también traigo los míos. Voluntad en campo de trabajo; unas estrellas... las del cielo... que significan la luz que alumbra la obra terminada, y si esa mujer no me rechaza, pondré además unas barras de hierro entrelazadas para decir que aquí, y en el amor de ella, se detuvieron todos mis amores.

CLARA. *(A Diego.)* ¿Aquí?

DIEGO. Eso ha dicho...

CONST. Comprendo bien la fortaleza que usted levanta con sus propios esfuerzos y lo invencible que usted se considera; pero yo, si yo fuera usted, antes de preguntar... "¿querrán?"... me preguntaría a mí mismo... "¿podrán?"

ISMAEL. ¿Y para qué? Lo inapelable sería que me dijeran: "no quiero"... Pero diciéndome: "no puedo"... ¿qué me importa?... Podré yo por los dos.

CONST. Contra...

ISMAEL. Contra uno y contra muchos y contra todos, que todos son pocos cuando el empuje es d

hombre, y son hombres nada más los que se oponen.

CLARA. ¿Con nosotras no cuenta usted?...

ISMAEL. Como enemigas, no, porque las mujeres, en amor, ayudan siempre al hombre.

CLARA. ¿Siempre?

ISMAEL. Tengo la seguridad absoluta.

CONST. ¿Por qué?... *(Ismael va a ella y la habla.)*

CLARA. *(A Diego.)* Este señor tiene demasiadas seguridades.

DIEGO. El sabrá cómo las fué adquiriendo. Cuando Leopoldo quiso hablar con Ismael, tú agradeciste mi ausencia.

CLARA. Sí, mucho.

DIEGO. Ahora voy a dejar agradecidos a éstos.

CLARA. Yo disimularé unos minutos más. *(Mutis, Diego, por el foro.)*

ESCENA XVII

Constanza, Clara e *Ismael.*

ISMAEL. Ya ve usted bien que esta seguridad no envuelve ninguna jactancia.

CONST. Pero lo dice usted con un tono de tal convencimiento, que parece usted menos bueno de lo que realmente es.

ISMAEL. Eso consiste en que no basta ser bueno, hay que ser fuerte para imponerse, incluso cuando es la bondad la que se impone.

CONST. Yo no podría. Mientras son altivos aun tengo un poco de valor; pero en cuanto suplican, en cuanto ruegan, se ablanda el corazón y cede la voluntad.

ISMAEL. Porque no es voluntad.

CONST. Quizá...

CLARA. Diga usted, Ismael... aquella beldad sin nombre y aquella dama en misterio, ¿es rubia?

ISMAEL. No.

CLARA. ¿Morena?

ISMAEL. No.
CLARA. ¿Teñida?
CONST. ¡No!
CLARA. ¿Cómo lo sabes tú?...
CONST. Yo...
ISMAEL. Haciéndome la justicia de concederme buen gusto.
CONST. De esa manera solamente.
CLARA. ¿Y usted la quiere, la adora?...
ISMAEL. Sí, condesa de Eguiza. Por si lo dice usted algo en burla, lo repetiré yo muy en serio: la adoro.
CLARA. ¿Y ella?... ¿Le quiere a usted?...
ISMAEL. Sí.
CONST. ¿Sí?... *(Un poco sorprendida.)*
CLARA. ¿Sí?... *(Burlona.)*
CONST. ¿Lo ha dicho?... ¿Lo oyó usted de sus labios?
ISMAEL. No.
CONST. Entonces no puede usted afirmarlo.
CLARA. Porque lo ignora usted, aun figurándoselo.
ISMAEL. No lo ignoro. Mezquino amor sería el amor necesitado de que se lo dijeran para saber que existe...
CONST. Y ¿el de usted es muy grande?
ISMAEL. Muy grande.
CLARA. Lo dudo. ¿Y tú?... ¡Contesta, mujer!
CONST. También lo dudo... *(Bajando los ojos.)*
ISMAEL. No...
CONST. Sí...
ISMAEL. No...
CLARA. Ahora cambia de persona mi extrañeza: ¿cómo sabe usted que Constanza no lo duda?
ISMAEL. Por...
CLARA. ¿Por buen gusto también?...
CONST. También. Lo que una mujer no puede explicarse en otra mujer es el amorío, el capricho; pero la pasión y la constancia, sí. No es más que pensar de las otras como de una misma. Y eso es lo que Ismael ha supuesto de mí...
ISMAEL. Eso es; tiene razón.
CLARA. Milagro.

ISMAEL. ¿Verdad, Constanza, que usted no admite partijas, ni mezquindades, ni hipócritas condescendencias?...

CONST. No.

ISMAEL. ¿Verdad que en usted la hora de amar no es la hora, sino la vida?

CLARA. ¿Y qué hora es?... Hemos de salir.

CONST. En cuanto avisen. Por nosotros...

CLARA. Por ustedes estábamos aviados. Voy yo a meter prisa. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA XVIII

Constanza e *Ismael.*

CONST. Y yo... *(Marchando.)*

ISMAEL. Constanza... *(Ella se detiene.)* ¿Quiere usted oírme... lo que usted ya sabe?

CONST. Ismael...

ISMAEL. Dos años llevo persiguiendo esta ventura, receloso de mi propia felicidad... y a usted le consta que por usted he venido, y tierras de compra o de venta no fueron más que el pretexto aprovechado para acercarme a usted.

CONST. *(Queriendo impedirle que hable.)* Ismael...

ISMAEL. *(Cogiéndola, respetuoso.)* Constanza, te quiero...

CONST. Los míos no querrán...

ISMAEL. ¿Y quiénes son los tuyos?... ¿Padres y abuelos?... ¿Orgullos de estirpe y cuarteles de armas...? Algún día has de ver qué poco es todo eso para luchar por la vida o contra la vida. Si te basta mi nombre, renunciemos a títulos y prerrogativas...

CONST. Los míos no querrán...

ISMAEL. Dejemos un momento en paz a los tuyos, que en seguida he de volver a ellos. Hablemos ahora nosotros dos, de hombre a mujer y de mujer a hombre, como si nada más existiera por el mundo. Te quiero, Constanza, y aunque des-

cendamos en seguida a las miserias de toda lucha humana, déjame oír de ti, sin temor y sin recelo, la divina voluntad que ha de ligarnos.

CONST. *(A media voz.)* Te quiero, Ismael.

ISMAEL. *(Abrazándola con un solo brazo.)* Ven a mí... Tú serás mi delicia y yo seré tu amparo, y en mí se estrellarán, sin alcanzarte, los odios y las envidias de los que son menos dichosos...

CONST. Pero tengo miedo a que...

ISMAEL. ¡Calla, calla! Tú a decirme que me quieres, nada más que a eso, y yo, como una de las muchas pruebas de adorarte, a pelear por ti, alejándote de todos los sinsabores, echando muy distante las penas y los disgustos, y luego, tras de un golpe dado o recibido, buscar tu cariño tranquilamente, para que tú no llegues a saber ni que existen penas por el mundo.

CONST. Te quiero, Ismael... Te quiero...

ISMAEL. Y yo te quiero a ti como si fueras años futuros de mi propia vida, que es la verdad mayor que hay antes de la muerte. Así te quiero yo a ti, Constanza.

CONST. Dios te oiga...

ISMAEL. Amén... *(Apartándose, algo brusco.)* Y basta de nosotros dos por el momento, que es tiempo ya de averiguar lo que piensan los tuyos.

CONST. *(Asustada.)* ¡Ahora, no!

ISMAEL. Contigo vacilé, porque el cariño es temeroso; ¿pero con ellos?...

CONST. ¡Pueden rechazarte, Ismael!...

ISMAEL. ¿Mis enemigos son?... Pues ya no hay modo de vacilar, y a ellos o contra ellos voy.

CONST. *(Cogiéndole.)* ¡Ismael! No vayas todavía.

ISMAEL. ¡Ahora mismo!

CONST. Yo hablaré primero...

ISMAEL. No. Tú a decirme que me quieres, nada más que a eso.

CONST. Te quiero...

ISMAEL. Y yo a pelear. Es mi oficio. Descuida, que lo sé bien.
CONST. ¡Ismael!

ESCENA XIX

Dichos. Augusto, por el foro.

AUG. Cuando queráis.
ISMAEL. Ya queremos. *(Pausa.)* Señor duque de Azaral: tengo el honor de pedirle la mano de Constanza.
CONST. ¡Ismael!
AUG. *(Espantado.)* ¿De la marquesa de Doñinos?...
ISMAEL. Si lo entiende usted mejor de ese modo, sí, de la marquesa de Doñinos.
AUG. Pero ella...
ISMAEL. Lo de ella es de ella; lo de usted pregunto únicamente.

ESCENA XX

Dichos, Angela y *Don Inocencio,* por el foro.

AUG. Madre..., Ismael me pide la mano de Constanza.
ANG. ¿De Constanza?... ¿De la marquesa de Doñinos?... ¿De la que será duquesa de Azaral?...
ISMAEL. Tanto pido; sí, señora.
ANG. ¿Pero esto es una broma ridícula?... ¿O estáis locos? ¿Y te callas, Augusto?
ISMAEL. Así dice que no se opone.
ANG. ¿Y tú le escuchas sin indignarte, Constanza?
ISMAEL. Así dice que consiente en mi petición.
ANG. ¡Pero aún quedo yo para impedir tamaño despropósito! Hágame usted el favor de marcharse... se lo suplico... ¡Salga usted pronto de mi casa!
ISMAEL. ¿Y la respuesta?

ANG. Que no. ¡Dile que no, Constanza! ¿No lo oye usted?...

ISMAEL. Es usted sola a querer oírla.

ANG. Salga usted... ¡Echale de casa, Augusto, échale!

AUG. *(Yendo a Angela.)* Lo discutiremos, sí, qué duda cabe...

ANG. Sin discutir. ¡Echale! ¿No?... ¡Pues fuera tú también!

AUG. Madre...

CONST. Abuela...

ANG. ¡Y fuera tú... fuera todos!

ESCENA XXI

Dichos, Diego y Juan Manuel, detrás por foro; *Clara* por derecha.

DIEGO. ¿Qué pasa?

ANG. *(Llamando.)* ¡Leopoldo! ¡Leopoldo!

CLARA. ¿Qué ocurre?...

ANG. ¡Leopoldo!... ¡Conde de Eguiza!... ¡Ven, conde de Eguiza, ven!

ESCENA XXII

Dichos, Leopoldo, por la derecha

LEOP. *(Apresurado.)* ¿Abuela?...

ANG. Ven tú, el último de mi raza, y enséñale a respetar nuestro nombre a ese advenedizo.

LEOP. *(Bravo.)* ¿Quién te ofende?

ANG. Ese.

LEOP. *(Yendo decidido a Ismael.)* ¿Usted?...

ISMAEL. He tenido el honor de pedir la mano de Constanza.

ANG. ¡Echale, échale!

LEOP. *(Indeciso.)* Pero abuelita, esto no es razonable...

ANG. *(Espantada.)* ¿Tú?...

LEOP. No hay motivo...

ANG. ¿Tú también?... ¿Y mi raza?... ¿Dónde está mi raza?...

AUG. ¡Madre!...

CLARA. ¡Abuela!...

ANG. ¡Mentira! ¡Vosotros no sois los míos! ¡En dónde están los míos, que no acuden a defenderme! ¡Los míos! ¡Los míos!

LEOP. Cálmate, abuela... *(A un tiempo.)*

CLARA. Abuelita...

INOC. Señora duquesa...

ANG. *(Rechazándole.)* ¿Mi raza? ¿Dónde está mi raza?

LEOP. No la busques...

ISMAEL. Cumplió su destino.

DIEGO. Y se vende.

AUG. *(Severo.)* Se hunde.

ISMAEL. Se agranda. *(Juan Manuel habla a Diego, y éste se encoge de hombros: Leopoldo habla con Clara, y ésta se encoge también de hombros, como diciendo ella y Diego: ¿y qué le vamos a hacer?... Augusto, inmóvil.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

El gran salon de respeto en el palacio de los Duques. Las paredes con tapices y cuadros y los muebles suntuosos, sin un solo objeto moderno. A la derecha, una ventana abierta.—Es de noche. Las bombillas eléctricas, adosadas a lámparas antiguas.—Las señoras, escotadas: los hombres, de *smoking*.

ESCENA I

Diego y Augusto, sentados separadamente.

DIEGO. ¡Bien! ¡Muy bien!... ¡Vaya una tarde agradable que hemos pasado!... Ni merienda, ni paseo, ni conversación... Luego una comida,

con cara de fiscales, y ahora nuestra acostumbrada tertulia de la noche, en lo que seguiremos sin hablarnos.

AUG. ¡Comprende que lo de esta tarde ha sido muy fuerte!... ¡Ese Ismael es de un atrevimiento y de una osadía!...

DIEGO. Si hemos de ser francos, yo creo que ha hecho bien.

AUG. ¡Diego!

DIEGO. Muy bien. Cada uno debe hacer su santísima voluntad.

AUG. ¡Pero reconoce que la desfachatez y el atrevimiento de Ismael!...

DIEGO. ¿Y la cortedad tuya pidiéndole trescientas mil pesetas?... ¿Y la de Leopoldo pidiéndole otro puñado de ellas? ¿Y la de tu madre arrojándole de casa?... Pues si todos habéis hecho vuestro repotente capricho, ¿por qué os extrañáis de que Ismael haya intentado salirse con el suyo?...

AUG. Ese caballero ha venido aquí para...

DIEGO. Cuidado; Augusto, no caigas en la imperdonable tontería de figurarte que los demás son tontos. Ismael vino aquí porque le convenía a él, no porque te conviniera a ti; y tú le has llamado por la conveniencia tuya, no por la de él.

AUG. Claro.

DIEGO. Pues cuando resulta claro lo ajeno, no hay razón para que esté oscuro lo propio. Y sería demasiado candoroso el suponer que nosotros hemos de utilizar a los demás y los demás no han de servirse de nosotros.

AUG. Pudo haber empleado otro procedimiento.

DIEGO. Eso es cuenta suya.

AUG. Y convengamos en que no es correcto ni caballeroso el aprovecharse de las circunstancias, que nos colocan momentáneamente en una situación difícil, para tratar de dominarnos. *(Levantándose indignado.)* ¡Ay, si no fuera por eso, a patadas sale de aquí esta tarde!

DIEGO. ¿A patadas?...
AUG. ¡Como me llamo Augusto!
DIEGO. Entonces, en lo que convengo es en que estuvo muy acertado no hablando sino después de apoderarse de vosotros. Y no lo desapruebo. Harto ya de ver egoísmos con careta, no me disgusta encontrar una pasión que pelea al descubierto. Viene a ser lo mismo, pero es más noble; y un señor que tira por la borda cuanto le molesta, empezando, naturalmente, por la familia, lo encuentro admirable.
AUG. ¡Hombre, Diego!...
DIEGO. Y no podemos criticarle porque se deshaga de todos los obstáculos, ya que eso mismo haríamos nosotros si tuviéramos su arrojo y su carácter.
AUG. No, lo mismo, no. El duque de Azaral no olvidaría jamás los miramientos debidos a una casa extraña... y ninguna persona razonable, ninguna, pretende casarse únicamente con la mujer, que la familia es algo también, ¡caramba!
DIEGO. Trescientas mil pesetas para ti; cien mil para Leopoldo y los desplantes de Angela. Esa es la familia en este caso, y ya ves que ha contado con ella.
AUG. Yo me refiero a consideraciones de orden moral.
DIEGO. En esas cantidades va incluída la moral también. Y si se casan, tú verás cómo esa misma moral os impide devolvérselas...
AUG. Claro.
DIEGO. Ya van dos claros. Sobran para estar de acuerdo.
AUG. Supongo que vendrá por aquí... ¿Le has convencido de que no se marche esta noche?...
DIEGO. Vendrá. No iba a quedarse en su cuarto...
AUG. Y era una campanada irse a un hotel... ¿Qué dirían los criados?
DIEGO. Lo que han oido decir a los señores.
AUG. Pero quedándose, y haciendo nuestra vida de

costumbre, cabe explicarlo como una pequeña desavenencia, disipada ya correctamente.

DIEGO. Sí, sí...

ESCENA II

Dichos; Criado 1.º, por la derecha.

CRIA. 1.º *(Entregando un telegrama a Diego; a Augusto.)* Don Alberto: el notario pregunta si podrá el señor duque recibirle.

AUG. ¿A estas horas?

DIEGO. Sí. A estas horas lo pregunta.

AUG. ¿Será urgente?... Que pase al despacho. *(Mutis, Criado.)*

DIEGO. Que os prepare.

AUG. ¿Para qué?...

DIEGO. Para heredar. *(Leyendo.)* "Tío Sebastián, sin esperanzas. Prepare familia fatal noticia."

AUG. ¡Qué lástima! ¡Era un hombre adorable!... Y esta mañana tuvimos un telegrama de mejoría que nos tranquilizó.

DIEGO. In...

AUG. ¡No, no! Le queríamos entrañablemente y merecía todos los afectos por su bondad y su inteligencia... *(Interrumpiéndose.)* ¡Estoy pensando en otra cosa!

DIEGO. Me la figuro.

AUG. ¡En que esta desgracia me va a permitir el responder como se merece a las impertinencias y a las desconsideraciones de ese majadero de Ismael!

DIEGO. Para incomodarte con más razón, aguarda a heredar.

AUG. ¡No puedes calcular cuánto daría por cruzarle la cara!

DIEGO. Que te esperan...

AUG. *(Marchando.)* Voy, voy.

DIEGO. Quizá el tío haya hecho testamento aquí.

AUG. *(Volviendo rápido.)* ¿Testamento? ¿Y para

qué? No hace falta, que soy el pariente más cercano.

DIEGO. Por el placer de nombrarte. Pronto puedes salir de dudas.

AUG. Voy, voy. Reserva el telegrama hasta que hablemos. *(Mutis Augusto por foro.)*

DIEGO. ¿Que los prepare? Ya están preparados, ya. *(Diego sube a la ventana y oye la escena siguiente.)*

ESCENA III

La *Criada* y un *Criado*, por izquierda; luego otro *Criado*, por foro.

CRIA. *(Echando rápida tras del Criado 1.°)* Oye, oye. ¿Qué te dió el señorito Ismael?

CRIA. 1.° Nada.

CRIA. ¡No seas embustero!

CRIA. 1.° ¡Cuando yo te digo que nada!

CRIA. ¿Y qué salías guardándote en el bolsillo de adentro?

CRIA. 1.° ¿A ti qué te importa?

CRIA. 2.° *(Entrando.)* Déjalo. Que lo guarde. Ahora, que tú no entras a repartir en lo que ha dado de propina para todos.

CRIA. 1.° ¿Cómo que no?

CRIA. ¡Naturalmente!

CRIA. 2.° No vas a cobrar dos veces.

CRIA. ¡Y siempre será más lo tuyo!

CRIA. 1.° Es mentira, que no me dió nada.

CRIA. *(Echándole mano.)* ¡A ver lo que llevas en el bolsillo!

CRIA. 1.° *(Empujándola.)* ¡Lo que me da la gana!

CRIA. 2.° ¡A verlo, hombre!

CRIA. 1.° ¡No me toques tú, porque te sacudo!

ESCENA IV

Dichos; Diego, por derecha, tranquilo y sonriendo; luego *Angela,* por izquierda.

CRIA. 2.° ¿Tú a mi, ladrón?
CRIA. 1.° ¡El ladrón eres tú!
CRIA. 2.° ¿Yo?... *(Se agarran y pelean los dos Criados, y la Criada queriendo separarlos.)*
ANG. ¿Qué es esto?... ¿Qué vergüenza es ésta en mi casa?
CRIA. ¡Este, que nos roba!
CRIA. 1.° ¡Los que roban son ellos!
CRIA. 2.° Mentira, que eres tú.
CRIA. 1.° ¡Vosotros!
CRIA. 2.° ¡Tú!
CRIA. ¡Tú!
ANG. ¡Silencio! Y los tres quedan ustedes despedidos ahora mismo. ¡Los tres!
CRIA. *(Suplicando.)* ¡Señora duquesa!...
ANG. ¡He dicho que despedidos! ¡Fuera! Don Inocencio les dará a ustedes la cuenta. *(Mutis, los tres criados.)*

ESCENA V

Angela y Diego.

DIEGO. De poco te escandalizas, prima Angela...
ANG. ¿De poco dices?... ¡Estos lacayos, de alma de lacayos, que en cuanto cruza una moneda ante sus ojos muestran lo que son y de dónde vienen!... ¡Es un asco verse obligada a la compañía de estas gentes! ¡Pero los tiempos son de eso, de villanos y de codicias!...
DIEGO. Si supieras cuántos llevan por dentro la misma librea...
ANG. ¡No!
DIEGO. Entre los que visten frac, hay menos ocasio-

nes de repartirse propinas; pero cuando el reparto llega, se insultan y se destrozan lo mismo.

ANG. No, Diego, no. Podrá haber egoísmos semejantes, no lo dudo, pero hay más corrección.

DIEGO. Como quieras. Ahora que yo, enfrente de una codicia, no apuesto un céntimo por libreas ni por fracs.

ANG. ¡Te engañas!

DIEGO. Como quieras.

ANG. *(Después de sentarse.)* ¿Qué haces de pie?...

DIEGO. Crecer.

ANG. ¿Por qué no te sientas?... Y empezaremos la tertulia, que no hay razón para variar nuestras costumbres.

DIEGO. ¿No?...

ANG. ¡No!

DIEGO. Bueno. *(Se sienta aparte.)*

ANG. La única manera de soportar las contrariedades es haciéndose superior a ellas. Por dentro puede uno sufrir.. ¡debe uno sufrir!: pero nadie ha de conocerlo para evitarnos la mortificación de que nos compadezcan...

DIEGO. Conformes.

ESCENA VI

Dichos; Constanza, por derecha; luego *Clara* y *Leopoldo,* por izquierda.

CONST. Buenas noches...

ANG. *(Secamente.)* Buenas noches. *(Constanza se sienta.)*

ANG. ¡Diego!

DIEGO. *(Que marchaba disimuladamente.)* No me marchaba. *(Se sienta. Pausa.)*

CONST. Tardan en bajar...

DIEGO. Sí... *(Pausa.)*

CLARA. Buenas noches, abuela...

ANG. Buenas noches... *(Se sientan. Pausa.)*

DIEGO. Ha hecho un día hermoso... de temperatura.

ANG. Sí.
CLARA. El tiempo parece asegurado...
ANG. Sí. *(Pausa.)*
DIEGO. La vaca ha muerto.
ANG. Compraremos otra. *(Pausa.)*
DIEGO. Quizá no sea tan buena.
ANG. Pero será distinta, y eso, por de pronto, ya es mejorar.
DIEGO. Y después ya veremos.
ANG. Todo necesitamos verlo; antes, parecen muchas cosas increíbles.
CONST. Abuela...
ANG. Hablo con Diego, no contigo. Pero si te molesta...
CONST. Abuela... *(Pausa.)*
DIEGO. *(Aburrido hace una pajarita de papel de periódico.)* La velada promete...
LEOP. Pero quién iba a sospechar que Ismael y...
DIEGO. *(Después de mirarle.)* Nadie.
CLARA. Con aquella facilidad en el préstamo has debido sospecharlo tú también.
LEOP. *(Digno.)* De sospecharlo no habría acudido.
CLARA. Eso ya no tiene remedio.
ANG. ¿Qué decís?
DIEGO. Nada: pláticas de familia... *(Pausa.)*
LEOP. *(Levantándose.)* Creo que no hemos puesto las corbatas en el baúl... Voy a ver.
CLARA. *(Siguiéndole.)* Deja, yo miraré.
LEOP. No, yo iré.
CLARA. Iré yo.
DIEGO. No se nota que es un pretexto para largarse de esta cripta.

ESCENA VII

Dichos. Criado, luego *Criada,* por el foro.

CRIA. Señorito Leopoldo, que haga usted el favor de ir al despacho.
LEOP. ¿Para qué?...

CRIA. Le llama el señor duque.

CRIA. *(Rápida.)* Señorito Diego, que vaya usted inmediatamente.

CLARA. ¿Pasa algo? *(Mutis de Leopoldo por foro y Criado.)*

DIEGO. No. Que Augusto lleva unas horas discurriendo... y se le habrá calentado el motor.

CRIA. ¡Que vaya usted de prisa!

DIEGO. *(Saliendo lentamente.)* Ya veréis cómo es eso. *(Mutis por el foro.)*

CLARA. ¿Está solo el señor?

CRIA. Con...

ANG. Con quien sea; no tenemos curiosidad. *(Mutis Criada.)*

CLARA. Sí la tenemos, abuela, sí.

ANG. No. Siéntate. *(Pausa.)*

ESCENA VIII

Dichos; Leopoldo, por el foro.

LEOP. *(Rápido.)* ¡Clara!... ¡Clarita! ¡Ven!

CLARA. *(Asustada.)* ¡Ay!... ¿Qué es?...

LEOP. *(Cogiéndola.)* ¡Ven..., ven!... *(Mutis los dos por el foro.)*

CONST. *(Levantada, intranquila.)* ¿Abuela?...

ANG. Nadie me llama; no tengo por qué ir. Vé tú, si te parece.

CONST. *(Dejándose caer lentamente.)* No...; yo, no. *(Pausa.)*

ESCENA IX

Constanza y *Angela.*

CONST. ¿Quieres tu labor?

ANG. No. *(Pausa.)*

CONST. ¿Quieres un libro... o un periódico?

ANG. No. *(Pausa.)*

CONST. ¡Abuela!... ¡Por compasión! ¡Háblame! Hace más daño este silencio y esta frialdad tuya.

ANG. ¿Para qué?... Tus opiniones no son las mías. Dicen que eres libre de escoger tu camino; ¿ya le escogiste?...

CONST. *(Yendo a Angela.)* ¡Pero ríñeme siquiera! ¡Ríñeme, abuela!

ANG. No. Ha pasado la edad de riñas y de consejos. Ahora estamos en las rebeldías, que se llaman voluntades, y en las faltas de consideración, que se llaman caracteres enérgicos. No queda más recurso que el destrozarte a ti... o destrozarme yo; no me seduce ninguno de los dos.

CONST. *(Abrazándola.)* ¿Ya no crees en mi cariño por ti?...

ANG. *(Levantándose y apartándola fríamente.)* Un favor te pido, Constanza; un favor nada más. ¿Quieres a ese hombre?... Quiérelo. ¿Vas gustosa a una alianza desigual?... Vé. ¿No te duele el romper los lazos de tu sangre?... Rómpelos. Pero no añadas la falsedad de mezclar el cariño suyo con el mío, que a mí no me puede querer quien se complace en arrancarme las ilusiones, las creencias, los prejuicios — si tú, más sabia, has decidido que sean prejuicios—; pero, al fin, arrancarme de un golpe y para siempre cuanto he creído y adorado.

CONST. Y contra esa injusticia, ¿qué voy a decirte yo?

ANG. No digas nada, que será lo mejor.

CONST. *(Deteniéndola.)* Pero ¿qué he de hacer para convencerte?...

ANG. Todo menos preguntarlo. Si han podido borrarse de tu recuerdo mis sacrificios y mis afanes; si no te preocupan mis años, que por viejos debían ser sagrados para ti; si no compartes mis respetos a la tradición y al hogar, que yo te enseñé y que, por lo visto, no has aprendido..., ¿qué te voy a aconsejar yo, Constanza, sino que te marches, que te marches, que te marches?...

CONST. A tu socorro acudes, abuela, y no seré yo quien te replique; pero aún no dijiste nada contra Ismael.

ANG. Ni pienso nombrarle.

CONST. ¿Le desprecias?...

ANG. Aún no llegué a tanto.

CONST. Pero si yo he de rechazarle, ¿algo le diré?... Y ese algo me falta por saber. Todo lo que somos nosotros, y más que fuéramos, para nosotros está muy bien, y cuando hablas de estirpes, de líneas, de blasones, hablas de lo nuestro nada más; pero a él, a él, contra él, ¿qué digo yo, abuela?

ANG. Eso mismo.

CONST. No lo va a entender... Y quizá yo no encuentre seguridad en mi acento para evocar a los antepasados cuando él hable del porvenir, que es muy enorme la distancia y el calor no llega, aunque llegue la luz.

ANG. Ese hombre no persigue más que ennoblecerse y dorar su dinero.

CONST. ¿Tan poco valgo?

ANG. ¡¡Mucho!!

CONST. Entonces, por mí puede venir...

ANG. No lo creas: viene a emparentar solamente.

CONST. Si las cosas no se miran más que del lado mezquino, ¡ay, abuela, con qué lógica podrían acusarme de ir tras de su fortuna!

ANG. Tú no la necesitas.

CONST. ¿Y él nuestra parentela?... ¡Menos aún! Para nosotros, que respiramos esta atmósfera y no queremos averiguar si hay otras, sí que es necesaria; pero... ¿él?... Él, que conoce de sobra que hay otros mundos y que se llega a la cima por otros caminos; él, poderoso y adulado; él, que se hizo a sí mismo, ¿va a creer que somos nosotros más que él? . No, abuela, no; Ismael me quiere.

ANG. ¡Estás engañada!

CONST. También él lo está, imaginandose que yo merezco tanta lucha... Y también lo estás tú, que

lo tratas de enemigo y aún sigues sin decirme nada contra él.

ANG. Y aunque te quiera, ¿es tan furioso, tan desesperado tu amor por ese advenedizo, que no puede aguardar a convencerme de que te merece, ni aguardar siquiera a que yo desaparezca?...

CONST. ¡No digas eso!

ANG. ¿Tanta prisa os corre esa maldad para conmigo?

CONST. ¡No me martirices más, abuela!

ANG. Es una ceguedad, Constanza, una ceguedad que ha de amargarte la existencia. ¿Quieres verme de rodillas?

CONST. ¡Abuela!

ANG. Aplaza tu consentimiento hasta que yo desaparezca... Nada más que a eso..., y yo te prometo que será muy pronto.

CONST. ¡Abuela!

ANG. ¡Por mí..., por mí!

CONST. ¡Romperé!

ANG. Aplazarlo basta...

CONST. ¡No basta, que aguardar por tu muerte es desearla, y yo no trafico con el dolor ni aun para buscar la felicidad!

ANG. No podríais ser dichosos.

CONST. ¡Romperé, abuela, romperé!

ANG. Son tan diferentes vuestros pensamientos, vuestra cuna, vuestras ideas...

CONST. ¡Romperé, te digo! ¡Y no por ideas, ni estirpes, ni blasones, que por muy amados que me sean, fantasmas son y de fantasmas no me guío!... ¡Pero romperé por ti, abuela, por tu cariño, por tus ruegos, por tu pena..., que eso sí que es verdad y eso y más sé que te debo!

ANG. ¡Constanza..., Constanza..., no sufras!...

CONST. ¡Déjame sufrir, abuela; que eso es lo menos que puedo hacer por mi cariño!

ANG. *(Invocando.)* ¡Has oído mis ruegos!... ¡Gracias, Dios Todopoderoso, que miras y que velas

por la raza de Azaral! *(Mutis lento de Angela por la derecha.)*

ESCENA X

Constanza; Ismael, por la izquierda.

(Ismael, acercándose despacio, y al fin toca suavemente en el hombro a Constanza.)

CONST. *(Que no ha visto entrar a Ismael.)* Romperé, te digo...

ISMAEL. ¿Con quién hablas?

CONST. *(Levantándose.)* ¡Ismael!

ISMAEL. ¿Con quién?...

CONST. *(Dominándose; suavemente.)* Contigo... Sin saberlo, pero contigo hablaba. *(Sonriendo, pero con visible esfuerzo.)* Esta tarde no puedo responder...; lo inesperado; eso es, lo inesperado..., y yo te agradezco..., te agradezco infi... infinito...

ISMAEL. *(Cogiéndola, brusco.)* ¿El qué?... ¿Qué gratitudes son ésas, que vienen tan a destiempo que no aciertas a decirlas?

CONST. Que yo no puedo aceptar...

ISMAEL. *(Apartándose, sonriente.)* ¿Se niegan?

CONST. ¡Yo, yo!

ISMAEL. ¿Tú?... ¡Ellos, ellos! Los que aún pretenden conservar las castas, porque les ha ido bien con la diferencia. Ellos, ellos; pero ellos no sospechan que a fuerza de prescindir de nosotros, hemos llegado nosotros a aprender que no los necesitamos a ellos para nada. Son ellos, ¿verdad?...

CONST. No...

ISMAEL. Ni jurándolo, ni puesta en cruz, te lo creo. Para mentir también se necesita experiencia, y tú no la tienes. A mí, por mí, no me espantan los siglos que pueda reunir un apellido, pues acostumbrado a luchar con hombres que se defienden, no voy a tenerle miedo a los fantasmas

de una genealogía, que además ya acuden indefensos al combate, porque no pueden hablarme sino de lo que fueron cuando yo les hablo de lo que ahora mismo soy. Lo presente es lo que vale; lo por venir, es lo que se cotiza; lo pasado no es más que lo que se descuenta.

CONST. No tan en absoluto...

ISMAEL. *(Cariñoso.)* En absoluto, Constanza de mi vida, en absoluto. De todas las verdades que encontramos, la verdad más grande es la del momento; la futura..., ya veremos si viene, y la pasada, sólo es cierto que ya pasó.

CONST. Aún hay algo más...

ISMAEL. Aún queda todo, puesto que aún quedamos tú y yo. ¿No me quieres tú, Constanza? ¡Para esto no basta el callarse y el bajar los ojos! ¡Es preciso la voz, y el gesto, y la mirada...: todo! Porque además de que tú lo digas, necesito convencerme yo. ¿No me quieres, Constanza?

CONST. *(Suavemente.)* No...

ISMAEL. *(Soltándola.)* ¿No me quieres, Constanza?

CONST. *(Sin defenderse, pero con más voz.)* No, Ismael.

ISMAEL. *(Soltándola.)* Pero ¿por qué..., por qué? ¿Antes me querías?...

CONST. Y ahora como antes; pero no alcanza para afrontar la lucha.

ISMAEL. *(A media voz.)* Mentira...

CONST. No es lo bastante para sacrificar lo demás...

ISMAEL. *(Más fuerte.)* ¡Mentira!

CONST. Y prefiero que nos separemos..., sin habernos unido.

ISMAEL. *(A toda voz.)* ¡¡Mentira!! Has vuelto a dejarte prender en las mallas de esa quimera; pero yo las haré pedazos, yo las romperé. Ven tú a mí, que ellos vendrán también; pero antes de que vengan llorarán lágrimas de sangre...

CONST. *(Sorprendida.)* ¡Ismael!

ISMAEL. ¡Y tendrán espantos de ruina y visiones de

pobreza; que yo he de perseguirlos y acorralarlos y vencerlos!

CONST. *(Espantada.)* ¡Ismael!

ISMAEL. ¡Yo los venceré, yo!

CONST. *(Fiera.)* Y a mí con ellos; que los míos son y no los abandono.

ISMAEL. *(Sorprendido.)* ¡Constanza!

CONST. ¡Y a ti soy yo quien te rechaza, yo quien no acepta, yo quien no quiere, yo!

ISMAEL. ¡¡Constanza!!

CONST. Yo soy. Ya puedes empezar a perseguirnos.

ISMAEL. No los perseguiré. Contigo y por ti, nada era difícil; contra ti es imposible todo, que no hay en lo humano un modo violento de obligar a querer... Me entrego, me rindo, me doy por vencido... No los perseguiré.

CONST. *(Piadosa ante la humildad.)* Si ellos suplican y tú amenazas, ¿no comprendes tú, Ismael, que te pones del lado de perder?

ISMAEL. ¿Por qué es tu amor tan cobarde?...

CONST. ¿Es cobardía querer bien a los míos?...

ISMAEL. ¡Conmigo sí lo es, Constanza!

CONST. ¿Y por qué me pides tú, amor que naces, que yo sea ingrata con el amor que me hizo nacer a mí?...

ISMAEL. Porque son distintos.

CONST. Si es verdad que lo son, no te enceles de los otros y discúlpame a mí porque yo guarde algo de lo mucho que me dieron, sin pedirme en cambio nada.

ISMAEL. ¡Quiéreme, Constanza!

CONST. Si te quiero, Ismael...

ISMAEL. ¡Pues ven a mí!...

CONST. No voy...

ISMAEL. ¡Lucha!

CONST. No lucho...

ISMAEL. No seas débil, no te acobardes...

CONST. Si tuviera la valentía de abandonar a mi gente, mañana tendrías tú razón para decirme que sé abandonar... ¡No, Ismael!

ISMAEL. ¡Ven, Constanza!...

CONST. ¡No!
ISMAEL. ¡Mi Constanza!...
CONST. No, Ismael, no.
ISMAEL. Me doy por vencido; quiera Dios que no te des tú jamás por arrepentida.
CONST. El lo sabrá.
ISMAEL. El lo sabrá, pero no tú.
CONST. Adiós, Ismael. *(Mutis por la derecha.)*
ISMAEL. Adiós. *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA XI

Clara, Leopoldo, Augusto y *Diego,* por el foro.

(Clara entra llorando, y se sienta. Pausa. Leopoldo entra violento y se sienta, zarandeando la silla. Pausa.)

LEOP. ¡No llores, te lo agradeceré, Clarita; que ahora no estamos para atender a tus nervios! *(Pausa.)*
AUG. *(Entra y se deja caer en una butaca. Pausa. Levantándose airadamente.)* ¡En mi opinión, es una canallada! No tiene otro calificativo; ¡una canallada!
CLARA. Un robo. *(Diego entra, pausado y sonriente.)*
LEOP. ¡Una estafa! Dí que está muerto; ¡si estuviera vivo le...!
DIEGO. Le esperarías a que muriera.
LEOP. ¿Yo?... ¡No me conoces!
DIEGO. Ni tú...
CLARA. ¡Y no mereció ninguna de las atenciones que le prodigamos!
DIEGO. No seáis injustos. El tío Sebastián...
AUG. ¡No vuelvas a nombrarle, te lo prohibo! En esta casa no se pronunciará jamás el nombre de ese ingrato.
CLARA. ¡De ese traidor!
LEOP. ¡De ese infame!
DIEGO. Ingrato, no; ni olvidadizo, tampoco. Sin debernos favores, nos deja a cada sobrino una manda de diez mil duros.

LEOP. ¿Y eso qué es, cuando nos debía toda la fortuna?

DIEGO. ¿Os debía?...

CLARA. Sí; nos debía dejar...

DIEGO. ¡Ah!... Pues yo las estimo extraordinariamente, y lo único que siento, a más de sentir la muerte, es no tener siquiera una docena de parientes así, tan generosos.

CLARA. Contigo se ha portado muy bien; pero con nosotros, muy mal.

LEOP. Porque tú no tenías ningún derecho a su herencia, y nosotros, sí.

AUG. En rigor, vosotros, tampoco. El desposeído soy yo.

LEOP. ¿Tú?...

AUG. ¡Naturalmente! Soy el sobrino en primer grado.

CLARA. ¿Y lo que le hemos atendido, y las temporadas a su lado cuidándole?

AUG. Lo mismo que yo. Y además, le tuve en mi casa.

LEOP. Con el dinero de todos; luego todos le hemos tenido.

CLARA. Y nosotros pondremos el pleito a los herederos.

LEOP. Con las cartas del tío, en que me llama su sobrino predilecto.

AUG. Poco a poco, ¿eh?... El pleito lo pondré yo.

CLARA. Y nosotros.

LEOP. Y lo ganaremos.

DIEGO. Lo ganarán los abogados.

AUG. Lo que yo te digo muy seriamente, Leopoldo, y confío en que no tendré necesidad de repetirlo, es que no te autorizo para que te entrometas en estos asuntos, que tú no tienes ningún derecho.

LEOP. Ya veremos con las cartas.

CLARA. Y no precisamos que concedas autorización.

AUG. Os ponéis muy insolentes, y me veré obligado a deciros lo que pienso de vuestra conducta.

LEOP. ¡Dilo, dilo!

AUG. Pues lo diré. Que eso es querer despojarme por segunda vez.

LEOP. Por lo visto, tú eras el que lo pretendías.

DIEGO. Vamos, vamos...

CLARA. Y tú no puedes hacernos esa ofensa a nosotros, que estás administrando como te da la gana nuestra fortuna y no te exigimos que la entregues.

AUG. ¡¡Basta, basta!! ¡Os entregaré inmediatamente vuestra legítima, por el gusto de no veros más, aunque sea menester que se pongan las fincas en pública subasta, ya que os portáis como unos saqueadores, como unos bandoleros!

LEOP. *(Amenazándole.)* ¡No digas eso, tío Augusto!...

AUG. Pues lo digo: ¡bandoleros, bandoleros! ¡Peores que los del camino real!...

CLARA. *(A Leopoldo.)* ¡No se lo consientas!

LEOP. *(Encarándose.)* Te enfadas porque el negocio no te ha resultado.

AUG. ¡Tú eres el que piensas mal!

LEOP. ¡No tanto como tú!

DIEGO. Vamos, vamos...

LEOP. ¡Y como añadas una palabra más, te estrangulo!

AUG. ¿Tú a mí?... ¡Mequetrefe!...

ESCENA XII

Dichos; Angela, seguida de Don Inocencio, por derecha.

ANG. *(Que oyó y se detuvo, horrorizada.)* ¿Sois vosotros?... ¿Vosotros, hijos míos, quienes sentís codicias de plebeyos y os expresáis con palabras de rufianes?... ¿Sois vosotros, hijos míos?... ¿Qué viento de tempestad ruge por nuestra casa?...

CLARA. El tío Sebastián ha muerto...

DIEGO. Ese es el detalle. Lo esencial es que la herencia pasa a otras manos.

ANG. ¿Y por tan poco os decís tantas injurias?... ¿Qué necesidad tenemos de unos ochavos más?...

AUG. Madre, tú no sabes...

DIEGO. *(Deteniéndole.)* Calla; no es momento.

ANG. ¡Y os veo airados, y enemigos, y en cólera, precisamente cuando os traigo la buena nueva!

LEOP. ¿Un testamento posterior?...

ANG. Es más aún que dinero. Es la voluntad de Dios, honrando siempre en la tierra a la raza de Azaral. ¡La raza, que no perece, porque el cielo la ampara visiblemente, y hoy ha tocado en el corazón de Constanza, iluminándolo, y la sangre no se mezclará, corriendo pura y limpia por nuestros blasones!

AUG. ¡Madre!...

LEOP. ¿Abuela?...

CLARA. *(A Diego.)* ¿Qué dice?...

ANG. *(Gozosa.)* ¿Aún no comprendéis?... Dígales usted que es verdad, don Inocencio.

INOC. Verdad es. Del cielo baja esa luz.

AUG. Pero ¿el qué?... ¡Concluye!...

ANG. *(Gozosa.)* ¡Que yo la he convencido, que Constanza no se casará con Ismael!

CLARA. ¡Abuela!

LEOP. ¡Abuela! *(A tiempo, yendo a ella.)*

AUG. ¿Qué has hecho, madre?

LEOP. ¿Tú estás loca, abuela?

CLARA. ¡Que nos pierdes!

AUG. ¡Que nos arruinas!

LEOP. ¡Que nos deshonras!

ANG. *(Estupefacta, balbuceando.)* ¿Que os deshonro... yo..., yo?

DIEGO. Que no pueden vivir sin otra savia; la suya se agotó.

AUG. Quería dejarte en la santa credulidad de tu posición y de tu fortuna; pero ya no puede ser. ¡Estamos arruinados, madre!

CLARA. ¿No lo sabes?...

LEOP. Pero ¿no lo sabes?...

AUG. ¡La ruina!

CLARA. ¡La pobreza!

LEOP. ¡La miseria! ¡La deshonra para nosotros, abuela! ¡Y eres tú quien la trae!

CLARA. ¡Tú, abuela!

AUG. Este quiere sus partijas; es natural... De treinta que dejó el abuelo, quedan en quince. Yo he de pagar sesenta mil duros... Nos quedan, malamente, ocho mil de renta, si Constanza no pide su parte. Y añade que es preciso vender en condiciones deplorables. Ahora tú dirás lo que eliges...

ANG. *(Espantada, sin poder hablar.)* Yo..., yo...

AUG. Encamínala de nuevo a esa boda...

LEOP. Que es la salvación.

CLARA. ¡La salvación de todos!

DIEGO. Y el amor. No lo cuentan...

AUG. Cuando, después de todo, no hay motivo grave ni leve para oponerse... o hundirnos. Escoge pronto, madre, escoge, que la hora apremia.

LEOP. ¡Y hay que vender las tierras!...

CLARA. Y el palacio...

AUG. Y avergonzarnos, humillarnos...

LEOP. Tú no lo puedes consentir, abuela, si es cierto que quieres a los tuyos y a tu nombre.

CLARA. Constanza va encantada; pero aunque fuese un sacrificio, debías imponérselo...

AUG. ¡Sálvanos, madre!

LEOP. ¡Sálvanos!

ANG. Yo..., yo...

AUG. Y si te niegas, será muy doloroso ir contra ti...

DIEGO. *(Cogiendo a Augusto y a Leopoldo.)* ¡Basta ya! Habéis sido bien duros; no seáis ahora crueles insistiendo.

AUG. Piénsalo, madre...

LEOP. Piénsalo, abuelita... Las cosas son como son, y es inútil el estrellarse en un prejuicio...

CLARA. *(Haciéndole una caricia.)* Perdónanos, abuelita, si te dijimos algo desconsiderado; pero era preciso que lo supieras...

ANG. *(Como atontada, embrutecida por el golpe.)* Yo..., yo...

LEOP. *(Llevándola imperiosamente.)* ¡Clara!

DIEGO. *(Llevándose a Leopoldo y a Augusto.)* Dejadla; ahora no os podrá contestar, que hasta la voz le falta y le falta el ánimo, de espanto, de angustia y de asombro que hay en ella. Si el que da el golpe supiera el dolor que da, vosotros mereceríais algo muy tremendo...

AUG. ¿Qué mereceríamos?

DIEGO. Algo implacable...

LEOP. Acaba: ¿qué?

DIEGO. Algo que fuera una expiación definitiva...

CLARA. ¿El infierno?...

DIEGO. Peor que eso todavía. Mereceríais la pobreza.

LEOP. ¡Tío Diego!

DIEGO. Dejadla, dejadla ahora... *(Llevándoselos. Mutis Diego con Leopoldo y Augusto. Clara les sigue por el foro.)*

ESCENA XIII

Angela y *Don Inocencio.*

INOC. Hemos debido explicarnos mal la voluntad del cielo. *(Pausa.)* Sus designios llevan un sendero oscuro, por la torpeza de los mortales... ¡Señora duquesa!... *(Asustado, al ver que le mira espantada.)* ¡Señora duquesa!... Repóngase..., no desfallezca ante el golpe... Quizá Dios sea servido de engrandecer la casa de Azaral con esta alianza... Y ese señor Ismael me parece... *(Espantado.)* ¡Señora duquesa!... ¡No; a mí no me parece!... ¡Señora duquesa!

ANG. Yo..., yo...

INOC. ¿Por qué no llora un poco..., si puede? Eso le haría bien, señora duquesa... Constanza... Constanza... ¡Mire que viene doña Constanza! *(Don Inocencio se retira unos pasos, y Angela se vuelve, lenta, mirando fijo hacia la derecha. Pausa.)*

ESCENA XIV

Dichos; Constanza, por la derecha.

CONST. ¿Abuela?... ¿Qué te pasa, abuela?...
ANG. Yo... no tenía... razón. ¡Yo..., no!
CONST. ¿En qué, abuelita de mi alma?... ¿En qué reconoces tú haberte engañado?...
ANG. ¡Yo... no...!
CONST. Pero ¿en qué..., en qué?... ¿En qué, don Inocencio? ¿En qué se engañó?
INOC. En la vida. *(Interpretando el ademán de Angela.)* Y en usted.
CONST. ¿En mí?...
ANG. Consiento...
CONST. ¿Qué dices?...
ANG. Consiento...
CONST. Pero ¿en qué, en qué?... ¡Habla, abuela, habla, que tus palabras son de paz, pero tu gesto es de agonía! ¡Habla!
INOC. Que meditó mejor su resolución, que no quiere violentar los afectos de usted...
CONST. *(A Angela.)* ¿Es eso?...
INOC. Y que si el amor de usted a Ismael es muy grande, la señora duquesa de Azaral bendecirá ese amor, para que Dios lo bendiga también.
CONST. ¿Es eso?... ¡Dilo tú, abuela!
ANG. Consiento..., sí.
CONST. *(Muy alegre.)* Gracias, abuela, gracias. ¡No sabes tú lo dichosa que soy ahora! Una vez más te debo mi felicidad... ¿Me dejas decírselo a padre?... *(Marchándose por el foro.)* ¡Padre!... ¡¡Padre!!... ¡¡¡Padre!!!...
ANG. *(Al mismo tiempo, marchando por la derecha, muy lento.)* ¡Señor!... ¡¡Señor!!... *(A mitad del camino tiene un momento de debilidad física, y se apoya contra un mueble.)*
INOC. *(Apresurándose a sostenerla, la coge de un brazo.)* Animo, señora duquesa.

ANG. *(Irguiéndose altanera.)* ¡No necesito de nadie para sostenerme! Es mi voluntad que se casen..., y en ella me obedecen. *(Mutis Angela.)*

INOC. Tu bondad es inagotable, infinita, inmensa...; pero los medios de que te vales, Señor, desconciertan mi pobre espíritu... *(Queda inmóvil. Pausa.)*

ESCENA XV

Don Inocencio; Diego, por izquierda.

DIEGO. Cura... El mundo está mal hecho, mal organizado.

INOC. Ya lo sé.

DIEGO. Y el cielo..., el cielo está muy lejos.

INOC. Eso no lo sé.

DIEGO. Te lo digo yo.

INOC. No me basta...

DIEGO. Algún día lo sabremos. Si lo sabemos, tienes tú razón; si no sabemos nada, la tenía yo.

INOC. Bueno, bueno.

DIEGO. ¿Ya escapas?... Hoy era un gran día para estar serio; pero no lo consigo. ¡Y cuidado que lo procuro!... ¡Reconóceme esa buena intención!

INOC. Sí, señor.

DIEGO. Pero yo no tengo la culpa de que las cosas más graves presenten tantos aspectos ridículos...

INOC. Dispense que le abandone un momento. Ya tiene quien le acompañe... *(Mutis de don Inocencio por derecha.)*

DIEGO. Decírselo a éste o decírselo a otro, para mi es igual. La cuestión es decirlas...

ESCENA XVI

Diego; Ismael, por izquierda.

ISMAEL. ¿Y las señoras?... Quisiera despedirme. Ahora ya puedo hacerlo impunemente...

DIEGO. ¿En qué consiste la impunidad?

ISMAEL. En saber que no les molesta: ¡al contrario! Disimularán su regocijo, viéndome acercar a ellas humillado, vencido...

DIEGO. ¿Qué dices?...

ISMAEL. Constanza me rechazó.

DIEGO. ¿Qué dices, Ismael?

ISMAEL. Ella. Fundida con los suyos, dominada por los suyos; pero ella sola me rechazó.

DIEGO. Sin embargo, a ti te consta, lo mismo que a mí, que Constanza te quiere.

ISMAEL. Sí. Pero en los seres débiles todo es debilidad; se amoldan como cera a la mano que los oprime, y el valor que demuestran en algunas ocasiones no está hecho de valor, sino de miedo. Me quiere, pero no lo bastante para compensar riñas y enojos...

DIEGO. ¿Y si cediera por bondad?...

ISMAEL. ¿En holocausto?... No poeticemos. Ese asunto ha concluído, y usted me obligará no recordándomelo. Desde el momento en que es decisión de ella, se concluyó.

DIEGO. ¡Eres un hombre de mucha suerte, Ismael! Cuando no consigues tus deseos, te pones al lado el desquite.

ISMAEL. ¿Hoy también?..

DIEGO. También. El tío Sebastián ha dejado por herederos a la Beneficencia y a los hospitales; a éstos y a mí, unos legados. Si tú riñes con ellos, y, naturalmente, no lleváis a cabo esas operaciones financieras, el derrumbamiento de la casa de Azaral es inmediato. ¡Un día épico, Ismael! Por la mañana, poesía; por la tarde, una comedia trágica, y de noche, una epopeya, en que el Destino es vencedor y los Fuentioñoros se desquician, se derrumban y se odian. "¡Ave, Ismael, morituri te salutam!"

ISMAEL. En todo ese puñado de verdades hay un error solo: el que a mí se refiere. Yo no reñiré con ellos, Diego; yo no esquivaré mi concurso, Diego; Diego, yo cumpliré mi palabra.

DIEGO. ¿Y les facilitarás...?

ISMAEL. Cuanto dije y como dije, y en el plazo que lo he dicho. El plebeyo se consideraría deshonrado si negaba sus compromisos porque le estorbaran sus amores. ¡No! Mi palabra tienen. Mi palabra cumpliré.

DIEGO. ¡¡Ismael!!

ISMAEL. ¿Qué?

DIEGO. *(Solemne.)* ¡Ismael! Tú mereces que yo te tutee.

ISMAEL. *(Sonriendo.)* Gracias.

DIEGO. ¡No te ofrezco más, porque ahí se terminan los ofrecimientos que estoy seguro de cumplir! ¡Pero eso sí: te tutearé toda la vida!

ISMAEL. Gracias.

ESCENA XVII

Dichos; Constanza, por foro, en donde queda apoyada en la puerta y sonriente.

DIEGO. *(Que ve a Constanza, sonriendo.)* Aguarda aquí para despedirte. Yo tengo prisa de no sé qué, pero tengo prisa.

ISMAEL. Volveré...

DIEGO. *(Deteniéndole.)* Aguarda, que ahora llega a ti el sol...

ISMAEL. ¿El sol?...

DIEGO. La Samaritana...

ISMAEL. ¡Constanza!

DIEGO. ¡Quién sabe de qué será mensajera!...

ISMAEL. *(Cogiendo ansioso a Diego; a media voz.)* Falló la herencia del tío Sebastián. Constanza viene como cebo de la codicia de ellos. No la trae la bondad; la trae la ruina, y yo soy el filón que explotan. ¡No quiero!

DIEGO. Nunca te importó lo que pensaron los demás... Constanza, ¿es lo que tú quieres?... ¿Qué te importa ahora todo lo que no sea Constanza misma?... Aguarda.

ISMAEL. No.

DIEGO. En este minuto estás contradiciendo tu vida. Y además, sería injusto que hicieras responsable a Constanza, que lo ignora todo.

CONST. *(Risueña, gozosa.)* Ismael...

DIEGO. *(Deteniéndole.)* ¿Tienes miedo?... Para eso no valía la pena de proclamarse fuerte y luchador. Aguarda. *(Mutis Diego por izquierda.)*

ESCENA XVIII

Constanza e *Ismael.*

CONST. ¡Ismael!... *(Avanzando lenta.)* Ya no hay obstáculo en nuestro camino. Dejan libre mi decisión; ¿quieres volver a preguntar lo que antes no me dejaban responder?...

ISMAEL. No...

CONST. Que no dijiste; pero mi cariño no se paga de palabras, que el rencor las empuja y el viento las llevará... Y otra vez te digo, como si a la primera no hubieses contestado: ¡Ismael!... ¡Ismael!... ¡Libre dejaron mi decisión! Pregunta, que a responderte vienen.

ISMAEL. Ya sé por qué te inclinan ahora; pero yo no soy juguete de ellos.

CONST. Más que yo sabes...; pero me da el corazón que aún sabes menos.

ISMAEL. Quizá...

CONST. Porque de ti y de mí no sabes nada. Me llamaste débil porque obedecí al influjo de los míos, de los que son mi familia, mi sangre, mi cariño de toda la vida, y tú, que ibas a destrozarlos y a vencerlos, estás indeciso y alejado de mí por lo que piensen o dejen de pensar los que ni siquiera son tuyos.

ISMAEL. ¡Constanza!...

CONST. ¿Y eres tú Ismael de la Peña? ¿Mis ojos ven claro creyendo que eres tú el fiador de tu propia voluntad y el que no cuenta sus enemigos?... ¿Qué amparo me brindabas si para ti no tienes un arranque?

ISMAEL. ¿Sabes por qué te dejan venir a mí?... Por mi fortuna.

CONST. ¿Sabes por qué me dicen que vienes tú?... Por mis blasones.

ISMAEL. ¡Mentira!

CONST. Pon mentira en lo mío también, y ya hemos apartado, de una manotada, todo lo que es de los demás, y volvemos a quedar solos tú y yo para resolver lo que, al fin y al cabo, es únicamente tuyo y mío.

ISMAEL. ¡Constanza!

CONST. Pregunta, Ismael, pregunta, que están propicios a responderte.

ISMAEL. ¿Me quieres, Constanza?

CONST. Te quiero, Ismael. Y cuando vengo a ti...

ISMAEL. ¿Ya has venido?... Calla, que el resto no tiene valor.

CONST. Nosotros se lo daremos.

ISMAEL. ¡Calla! Tú a decirme que me quieres, solamente a eso, que con eso todo lo resolvemos, sabedores ya de que la familia, la Raza, el mundo, para nosotros somos nosotros dos. Lo demás no es nada.

CONST. Te quiero, Ismael...

ISMAEL. Te quiero, Constanza de Fuentioñoro...

TELÓN

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calon.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraordinario), por Jacinto Benavente.
14 *Vidas recias*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por L. Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por Santiago Rusiñol y G. Martínez Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por Carlos Arniches y Joaquín Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. Alvarez Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.

43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.

44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.

45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.

46 *El bandido de la Sierra*, por Luis Fernández Ardavín.

47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.

48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.

49 *Los Leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El collar de estrellas*, por Jacinto Benavente.

51 *El llanto*, por Pedro Muñoz Seca.

52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.

53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada*, por Jacinto Benavente.

54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.